

TRABAJO FIN DE MÁSTER EN *EL MUNDO CLÁSICO Y SU PROYECCIÓN EN LA
CULTURA OCCIDENTAL*

**REMINISCENCIAS DE LA TRADICIÓN CLÁSICA EN
EL ASOMBROSO VIAJE DE POMPONIO FLATO DE EDUARDO MENDOZA**

JOAQUÍN ANTONIO LÓPEZ RAMOS

TUTORA: DRA. HELENA GUZMÁN GARCÍA

DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA CLÁSICA
FACULTAD DE FILOLOGÍA
UNED

CONVOCATORIA DE FEBRERO. CURSO 2016-2017





DECLARACIÓN JURADA DE AUTORÍA DE TRABAJO ACADÉMICO
TRABAJO DE FIN DE MÁSTER

Fecha: 10/02/2017

Quien suscribe:

Apellidos y nombre: LÓPEZ RAMOS, JOAQUÍN ANTONIO
D.N.I.: 17.747.549-J

Hace constar que es el autor del trabajo:

Título completo del trabajo REMINISCENCIAS DE LA TRADICIÓN CLÁSICA EN "EL ASOMBROSO VIAJE DE POMPONIO FLATO" DE EDUARDO MENDOZA

Y manifiesta su responsabilidad en la realización del mismo, en la interpretación de datos y en la elaboración de conclusiones. Manifiesta asimismo que las aportaciones intelectuales de otros autores utilizados en el texto se han citado debidamente.

En este sentido,

DECLARA:

- ✓ Que el trabajo remitido es un documento original y no ha sido publicado con anterioridad, total o parcialmente, por otros autores.
- ✓ Que el abajo firmante es públicamente responsable de sus contenidos y elaboración, y que no ha incurrido en fraude científico o plagio.
- ✓ Que si se demostrara lo contrario, el abajo firmante aceptará las medidas disciplinarias o sancionadoras que correspondan.

Fdo.

A Carmen, *sine qua non*

A Lucía y a Diego, por el tiempo robado

A mis padres, por ponerme en la senda

ÍNDICE GENERAL

1.- Introducción: la tradición literaria clásica y la incardinación en ella de <i>El asombroso viaje de Pomponio Flato</i> de Eduardo Mendoza.....	pág. 5
2.- Eduardo Mendoza, una amplia trayectoria literaria.....	pág. 12
3.- <i>El asombroso viaje de Pomponio Flato</i> , ¿una novela histórica?.....	pág. 15
4.- Resumen del argumento de <i>El asombroso viaje de Pomponio Flato</i>	pág. 23
5.- El contexto histórico de la novela.....	pág. 27
5.1.- La presencia del helenismo griego	pág.27
5.2.- Aparición de Roma en escena	pág.28
6.- Influencias de la tradición clásica en la novela	pág.31
6.1.- Influencias mitológicas	pág.31
6.2.- Influencias filosóficas	pág.36
6.3.- Influencias literarias y culturales del mundo antiguo	pág.41
7.- La esfera de la fe: las referencias religiosas fuera del politeísmo grecolatino	pág.48
7.1.- Los árabes	pág.49
7.2.- Judaísmo	pág.49
7.3.- Cristianismo	pág.55
8.- <i>El asombroso viaje de Pomponio Flato</i> o la parodia suma.....	pág.58
Bibliografía.....	pág. 62
Textos	pág. 62
Estudios.....	pág. 64
Apéndice 1. Mapa con el recorrido seguido por Pomponio Flato	pág. 66

1.- Introducción: la tradición literaria clásica y la incardinación en ella de *El asombroso viaje de Pomponio Flato* de Eduardo Mendoza¹

La herencia clásica en la conformación de la civilización occidental, y en la europea en particular, aun pasando por momentos pendulares de gran expansión y de gran contracción, es innegable, irreductible; y aunque en la actualidad no goce de gran salud el estudio de lo clásico y el prestigio en general de dicha herencia clásica, su importancia es fundamental porque configura su genética, en diversas facetas, de manera decisiva.

La literatura clásica de la que disfrutamos hoy nos ha llegado transmitida a través de casi treinta siglos de tradición, que hacen que ese *corpus* haya ido seleccionándose a través de una serie de criterios entre los que el primero es el paso del tiempo. A éste se pueden sumar los factores de selección del gusto de cada época, de las necesidades de formación y educación de los diferentes momentos históricos, etc. Esa selección ya comenzó en la propia Grecia antigua, cuando se primaron unos autores frente a otros, pero las diferentes cribas del material literario no han impedido la formación de unos clásicos, de unos autores canónicos que aún hoy siguen inspirando nuevas obras y deleitando a muchos lectores. Y si normalmente el estudio de toda esa tradición clásica se limitaba casi exclusivamente al ámbito literario casi desde sus comienzos, en las últimas décadas se ha observado la necesidad de ampliar horizontes y de extender el estudio de esa tradición a cualquier elemento cultural originario de Grecia y Roma que ha sido recibido posteriormente por la cultura occidental, sea religioso, literario, filosófico, jurídico, científico, etc.; y aun cuando esa transmisión y recepción se hayan completado entre diferentes disciplinas culturales, por ejemplo, de la literatura a la música, y no sólo dentro del mismo ámbito.

Todo ese proceso de selección, trasvase y aprehensión comenzó ya en el mundo griego. Con la muerte de Alejandro Magno en 323 a.C. (que marca el final del Clasicismo y el comienzo del Helenismo), la extensión de la cultura griega alcanzó su cénit, creándose grandes núcleos urbanos que bajo la protección de monarcas helenísticos devendrán en focos de cultura y ciencia florecientes. Ejemplo paradigmático de esto es la ciudad de Alejandría bajo mandato de la dinastía ptolemaica, que fundará en ella un Museo y,

¹ Para este epígrafe seguimos fundamentalmente tres obras: HERNÁNDEZ MIGUEL, Luis Alfonso, *La tradición clásica de las literaturas griega y latina antiguas y su recepción en las vernáculos occidentales*, Madrid, Liceus, 2008; HIGHET, Gilbert, *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental, vols. I y II*, México D. F., Fondo de cultura económica, 1978; y SIGNES CODOÑER, Juan, ANTÓN MARTÍNEZ, Beatriz, CONDE PARRADO, Pedro, GONZÁLEZ MANJARRÉS, Miguel Ángel, IZQUIERDO, José Antonio (eds.), *Antiquae lectiones. El legado clásico desde la Antigüedad hasta la Revolución francesa*, Madrid, Cátedra, 2005.

dependiente de éste, una Biblioteca a la que acudían los máximos representantes de las comunidades literarias y científicas a desarrollar su labor. La Biblioteca almacenará toda la literatura griega creada hasta entonces dando una predominancia al rollo de papiro, al libro, que daba por finalizada la etapa oral de la cultura. Esa pretensión de almacenar y conservar todo lo escrito suponía también la conciencia de que el ciclo clásico ya había acabado y por tanto su valor y prestigio debía ser conservado, difundido y estudiado, ya que serviría de modelo a todo lo posterior. En esa fijación de lo clásico, del canon clásico, arranca también el concepto de transmisión de la tradición clásica, por lo menos para Grecia, porque es entonces cuando queda enmarcada y se comienza a transmitir como modelo literario, de pensamiento, estético, etc., a generaciones posteriores. Por tanto, se puede decir que la primera transmisión de la cultura clásica, la primera pervivencia se da en el trasvase cultural de Grecia a Roma².

Pero el mundo antiguo, todo el edificio grecolatino erigido durante siglos por los griegos y que los romanos llevaron a una extensión geográfica casi inimaginable, terminó por derrumbarse y sucumbir por diversos motivos. Con todo, toda su cultura siguió siendo muy importante, el fundamento de nuestra civilización occidental.

Tras la desmembración y la desaparición del Imperio Romano y la asunción del poder por diversos reinos y mandatarios bárbaros, fundamentalmente en la parte occidental del territorio romano, la civilización se adentró en una Edad Oscura que analfabetizó a la mayoría de la población y dejó la cultura en manos de unos pocos privilegiados y algunos centros de estudio muy localizados. Pero a partir de los siglos IX-X la situación comenzó a cambiar, y ya en plena Edad Media se empezaron a fundar las Universidades, núcleos de estudio de varias disciplinas, normalmente ligadas a centros religiosos, y en las que la formación se basaba en el conocimiento de la antigüedad grecolatina en conjunción con el cristianismo, lo que contribuyó ampliamente a la difusión del saber y la cultura. Y todo ello desembocó en el Renacimiento, cuando definitivamente se vuelven los ojos a la

² Pese a la intensificación de las relaciones entre Grecia y Roma durante el siglo III a.C., que acabarán con el dominio total de Roma sobre los territorios griegos o bajo su influencia a la conclusión de las Guerras Macedónicas y Púnicas, las influencias griegas se remontaban cinco siglos antes por la colonización griega del sur de Italia y la mediación etrusca, civilización también muy helenizada (un ejemplo sería la adopción del alfabeto por parte de los romanos desde los etruscos que, a su vez, lo adoptaron de los griegos). Esa conquista militar romana aparejó la asunción de una cultura superior, la griega, admitida como superior ya antes de la absorción territorial por parte de los romanos. Esto provocó la aparición de una corriente filohelena y su paralela reacción nacionalista romana, que se oponía a la supuesta degradación de costumbres y molición adscrita a dicha cultura griega. A la inversa, también se produce una romanización de Grecia, que admira la estructura político-administrativa romana. Posteriormente, con la propagación del cristianismo, el panorama en parte evolucionará, pero siempre con el latín como lengua de transmisión de la cultura, base de la creación de la cultura occidental.

Antigüedad Clásica, como arquetipo a seguir para la formación personal, intelectual y artística.

El impacto de todos estos factores en la civilización occidental fue inmediato, inabarcable, casi infinito, y se extendió en casi todas direcciones: lengua, arte, literatura, arquitectura, enseñanza, etc. El caudal clásico se vierte a las literaturas y lenguas europeas a través de tres métodos: la traducción, la imitación y la emulación, formando la cultura europea, y por ende, la universal. Y por este canal se transmiten las ideas, se amplían los léxicos y, en fin, se ensanchan los horizontes de las lenguas en general³.

Desde el siglo XVII en adelante se producen una serie de cambios en el mundo occidental (industrialización, crecimiento demográfico, cambios de regímenes políticos, abolición parcial de la esclavitud y universalización de la educación, etc.), que provocan a su vez transformaciones en todas las disciplinas, entre ellas en la literatura: aumento de las obras escritas, elección de unos géneros determinados (ensayo, drama en prosa, novela) en detrimento de otros (teatro en verso, epopeya, poesía en todas sus manifestaciones), con el fin de llegar a la mayor audiencia posible. Se gesta, pues, un cambio de equilibrios, por el que pasa a producirse más prosa que poesía, hecho nunca visto hasta entonces. Casi hasta este momento, la prosa estaba muy restringida al ámbito filosófico y científico; no obstante, ya en torno al siglo XVI se comenzaron a fusionar prosa y verso en algunos géneros y obras –un ejemplo paradigmático en lengua española sería la *Diana* de Jorge de Montemayor en la tradición pastoril–. Casi simultáneamente se empieza a cultivar la novela picaresca o de otro tipo pero sin relación con elementos de la antigüedad, desbrozando el camino a la novela moderna posterior, o el ensayo, que también abriría senda para centurias posteriores.

³ Ese proceso afectó, por supuesto al francés, al español, al inglés, al portugués, etc., y en menor medida, pero en absoluto desdeñable, al alemán, a las lenguas eslavas y escandinavas, fundamentalmente en vocabulario absoluto, cultural y técnico, y entró por medio de diversas categorías de palabras: sustantivos, adjetivos, verbos, etc. Todo este movimiento, este trasvase de las lenguas clásicas a las modernas europeas empezó ya en la Edad Media, pero cristalizó completamente en el Renacimiento, a lo que contribuyó la invención de la imprenta y la difusión del conocimiento que implicó este avance. Sin embargo, dicho trasvase no se limitó únicamente al léxico, sino que también se dio en estructuras gramaticales, sintácticas, figuras retóricas, versificación, etc., conformando más aun las nuevas lenguas a imagen y semejanza del latín y del griego.

Sobre la importancia del griego, sobre todo, y del latín en la formación del vocabulario y del léxico científico-técnico en las lenguas europeas y, en concreto, en el español, existe una amplísima bibliografía, de la que sólo aportamos una ínfima muestra en español: LÓPEZ FÉREZ, Juan Antonio (ed.), *La lengua científica griega: orígenes, desarrollo e influencia en las lenguas modernas*, 2 vols., Madrid, Ediciones Clásicas, 2000; MARTÍN CAMACHO, José Carlos, *El vocabulario del discurso tecnocientífico*, Madrid, Arco Libros, 2004; y RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco, *Historia de las lenguas de Europa*, Madrid, Gredos, 2008.

El siglo XVIII consolida la tendencia y asiste a la utilización mayoritaria de la prosa frente a la poesía, en contra de lo sucedido hasta entonces en literatura y conformando un giro ya hasta ahora no invertido. A este intercambio de papeles contribuyó de manera decisiva la novela, género que se convierte en el más cultivado por los autores. Muchos de ellos tomarán argumentos y modos de la épica para novelarlos en prosa, a menudo con carácter burlesco, paródico o cómico. Igualmente emergen en esta época otros géneros prosísticos como el ensayo, con variada temática, o los diálogos, para expresar elementos didácticos y ejemplarizantes. En este proceso, la cultura clásica está presente de manera muy significativa facilitando géneros y materiales, además de en la educación, siempre con el latín y el griego en papeles principales.

La época barroca, siglos XVII y XVIII, está dominada por una gran tensión en todas sus manifestaciones entre la pasión más extrema y el más frío cálculo de las proporciones y las formas. En este tiempo, la antigüedad grecolatina abasteció de argumentos y de un arsenal de temas del que seguir extrayendo, y de géneros (discursos, tragedia, comedia, etc.). Es reseñable el desarrollo de la historiografía como género propio y robusto dentro de la prosa barroca.⁴

A partir de la segunda parte del siglo XVIII, dentro de la prosa, la novela se impone como género predilecto, como ya se ha señalado. En este momento, el conocimiento de la tradición clásica, lejos de caer, recibe un nuevo impulso para estudiarse a fondo y extraer de ella nuevos conocimientos e interpretaciones.

Con el siglo XIX, el materialismo y el capitalismo se destacan con la Revolución Industrial y el mundo se convierte en un lugar áspero e incómodo para vivir. El cristianismo tampoco ofrece respuestas satisfactorias, más bien al contrario, y se convierte en un nido de codicia y avaricia que muchos van a despreciar. Frente a todo esto, los artistas reaccionan rechazando el mundo contemporáneo y evadiéndose a otros más amables y que conservan intacta su naturaleza, como lugares del lejano Oriente o islas paradisíacas y, en ocasiones, Grecia y Roma, donde la naturaleza y la belleza son los

⁴ Con el siglo XVIII, el tacitismo imperante en la centuria anterior va decreciendo: la Historia deja de considerarse como el único camino para el desempeño de la política frente a la razón y la experiencia. No obstante ese interés menguante por Tácito, todavía servirá de inspiración para algunos autores como Giambattista Vico (1668-1744) en Italia o Juan Simoni y el Marqués de Santa Cruz de Marcenado en España. Mas si hay un pensador que funda gran parte de su obra en el trabajo de Tácito es Montesquieu (1689-1755); en sus *Consideraciones sobre las causas de la grandeza de los romanos y su decadencia*, asocia la evolución destructiva de Roma a causas morales, como el autor latino, y en su destacadísima obra *Espíritu de las leyes* basa sus principios de la ley natural en el mismo historiador, así como la distinción entre monarquía y absolutismo y entre la Roma republicana y la imperial, que tan presentes estarán en la Revolución Francesa. Su obra influirá decisivamente en *La decadencia y caída del Imperio romano*, 1788, del inglés Edward Gibbon, admirador de Tácito.

ideales a seguir y el cristianismo todavía no había eclosionado. Y aunque el clasicismo no sea el único motivo que mueve la obra de estos autores, lo utilizan como vía de escape ante una realidad coetánea asfixiante, llena de agotadoras convenciones sociales; o como vía de expresar de manera impersonal por medio de personajes o contextos clásicos, temas que están demasiado pegados a ellos mismos, demasiado contemporáneos, para los que los moldes clásicos les proporcionan cierta perspectiva, además de una universalidad más comprensible y accesible para otros muchos lectores.

El otro gran movimiento que domina esta época es el impulsado por aquellos que rechazan frontalmente el cristianismo y deseaban la vuelta del paganismo inherente al pasado grecolatino. Frente a estos ataques hubo escritores que siguieron propugnando la sencillez y la pureza de la moral cristiana. Y se quiso probar que, en su origen, el cristianismo surgió en una sociedad muy corrupta y más difícil que la moderna y que el Imperio acabó cayendo por ser pagano e inmoral, idea expresada en infinidad de novelas que tuvieron gran éxito y gozaron de grandísima influencia posterior. Así tenemos *Los últimos días de Pompeya* (1834) de Edward Bulwer-Lytton, *Hipatia* (1853) por Charles Kingsley, *Fabiola* (1854) del Cardenal Wiseman, *Ben Hur* (1880) de Lewis Wallace, *Mario el epicúreo* (1885) de Walter Pater, en un escalón superior, o *Quo Vadis?* (1896) del polaco Henryk Sienkiewicz, todas bastantes bien documentadas históricamente, con ricas descripciones y estremecedoras escenas de acción y viveza. En otros numerosos países se siguen los pasos de estas obras apologetas del cristianismo.

Todas estas obras, se apoyaban, por un lado, en los avances de la investigación histórica del siglo XIX. En el siglo precedente a la I Guerra Mundial, el conocimiento sobre Grecia y Roma aumentó de manera casi inimaginable hasta entonces, y la difusión de ese conocimiento también fue enorme gracias al incremento del número de escuelas, universidades e instituciones consagradas a los estudios clásicos en particular y al resto de disciplinas, en general. Sin embargo, de manera paradójica, en las dos o tres últimas décadas inmediatamente anteriores al conflicto, los estudios clásicos fueron paulatinamente saliendo de los planes de estudio de las diferentes naciones, perdiendo importancia frente a otras disciplinas prácticas u otras lenguas modernas, vehículo de los nuevos negocios y relaciones internacionales. Por otro lado, además, trataban, además, de contrarrestar la crítica racionalista de la tradición bíblica nacida a partir de la obra de D. Strauss, que revisaba los principales argumentos de la fe cristiana desde el racionalismo, y un sentimiento anticristiano muy revitalizado en la época, alimentado también por esa

identificación de lo cristiano con lo represivo, lo oriental-judaizante, etc., frente a la frescura y superioridad moral del mundo pagano grecolatino.

En la parte final del siglo anterior a la I Guerra Mundial la influencia clásica no es preeminente, no está tan marcada como otros periodos anteriores, pero algunos escritores de este periodo acuden a formas y moldes clásicos para organizar sus materiales, aunque sólo tomen lo que necesitan en cada momento, casi a trompicones y sin un plan claro. El máximo ejemplo de esto es la obra de James Joyce, y más concretamente su *Ulises*, 1922, trasunto de la *Odisea* homérica.

Desde el periodo de entre guerras y hasta nuestros días la mayor pervivencia de la cultura clásica es la reinterpretación y la revitalización de los mitos griegos, prácticas que se dan en dos vertientes interpretativas, la literaria y la psicológico-filosófica. En cuanto a la literatura del último siglo, aparecen nuevas interpretaciones de los mitos que usan éstos para ilustrar comportamientos morales o políticos en un contexto actual, una especie de ejemplificación y educación clásica de las sociedades modernas. El listado de escritores sería inabarcable; y estos creadores utilizan el arsenal mítico por su sencillez y prestigio, también por su fuerza poética y por la humanización que se hace de dioses y héroes, que, a su vez, conecta muy bien con el público contemporáneo. Esas nuevas perspectivas se permitieron licencias (muchas referentes a relaciones o profundizaciones psicológicas de los personajes, fenómeno muy estrechamente unido al contexto de la época), mas no invertían completamente los argumentos o los personajes y siempre se ceñían al mito en sus amplios límites. Estas inercias afloraron fundamentalmente en el género dramático.⁵

Pero si hay un género que se ha revitalizado en los últimos decenios, aunque su repunte ya arranca en el XIX, como se ha manifestado *supra*, ése es el de la novela histórica –con o sin influencias cristianas–, con infinidad de escritores de todas las nacionalidades que recrean el mundo antiguo con mayor o menor acierto y con una documentación para sus obras bastante buena en la mayoría de los casos; se establecen paralelismos entre personajes y situaciones de la Antigüedad con personalidades (muchas

⁵ Por todo ello, a la pregunta de por qué los mitos griegos se siguen usando hoy en día, podemos aportar una fantástica respuesta:

La respuesta fundamental es que los mitos son eternos. Tratan de los problemas más grandes que existen, los problemas que no cambian, porque los hombres y las mujeres no cambian tampoco. Tratan del amor, de la guerra, del pecado, de la tiranía, del valor, del destino: y todos, de un modo o de otro, tratan de la relación del hombre con esos divinos poderes que a veces sentimos irracionales, a veces crueles, y que a veces, aunque nos pese, sentimos justos. (HIGHET, Gilbert, *op. cit.*, vol. II, pág. 358).

veces incluso con rasgos autobiográficos) y coyunturas contemporáneas. A modo de sucinto ejemplo, citaremos algunos nombres: M. Yourcenar, R. Graves, M. Renault, G. Vidal, U. Eco, V. M. Manfredi, etc. Desde el siglo XX esta literatura histórica será cultivada incluso por personalidades académicas reconocidas, muchas veces con clara vocación pedagógica, cuyo hito máximo sería P. Grimal y su *Memorias de Agripina*.

En lengua alemana destaca H. Broch, gran renovador de la novela histórica en las primeras décadas del siglo XX, sobre todo con su gran obra *La muerte de Virgilio*, sobre la creación literaria, el humanismo y con paralelismos sobre el propio momento y la II Guerra Mundial, época de composición. Otros nombres son C. Ransmayr, P. Vanderberg y G. Haefs, así como C. Wolf en la extinta R.D.A., todos con relatos de diferente calibre y forma sobre personajes o escenarios de la antigüedad.

En EE.UU. al final del siglo XIX, el género de la novela histórica se asentó y en el transcurso del XX se extendió definitivamente (en muchas ocasiones como elemento didáctico para jóvenes); resaltan aquí los nombres de T. Wilder con *Los idus de marzo*, 1948, H. Fast con *Espartaco*, 1951, G. Vidal con *Juliano el Apóstata*, 1964, y una larga nómina de nombres, algunos llegados hasta la actualidad como G. Brandshaw.

Fuera de las literaturas nacionales más importantes, también son reseñables otros nombres en el siglo XX como C. McCullough (Australia), M. Waltari (Finlandia), etc., de países con poca tradición en este tipo de obras pero a los que igualmente había llegado su influencia, produciendo a su vez nuevos trabajos.

Desde la segunda mitad del siglo XX también se ha desarrollado un subtipo de novela histórica de ambiente grecorromano que es el policíaco, en el que un personaje resuelve casos sobre delitos cometidos en terreno de la antigüedad grecolatina, con ejemplos de autores de casi todas las nacionalidades, constituyendo un subgénero muy deudor de la novela negra; algunos nombres destacados son R. Magrí, D. Comastri, L. Davis, S. Saylor o R. Burns. Paralelo o incluso un poco anterior en su génesis encontramos el subgénero de las memorias, de biografía o de autobiografía, en que normalmente un personaje de gran talla histórica narra en primera persona los principales acontecimientos que marcaron su existencia y el devenir de su tiempo.

La tendencia, aunque un poco más tarde que al resto de Europa, llega también a España. En nuestro país la influencia clásica en la novela refleja el éxito de la novela histórica de ambiente grecorromano en el panorama internacional, aunque ese reflejo sólo se recoge en la última parte del siglo XX, hecho debido a múltiples factores como la Guerra Civil, la falta de formación clásica en el sistema educativo, etc. Los precursores en

la literatura española serían A. Núñez Alonso, C. Rojas, E. Soriano en los años 50, abriendo camino a los mucho más recientes A. Prieto, L. Ortiz, T. Moix, J. L. Sampedro, J. Eslava Galán, A. Gómez Rufo, L. Goytisolo, C. Vidal, S. Posteguillo, A. Priante y un largo etcétera. Por tanto, se observa en las últimas tres o cuatro décadas, por influjo del éxito en otros países, cómo la novela histórica de tema clásico también ha vivido un gran auge en la literatura española.

En este punto, recogiendo esa tradición clásica de treinta siglos (y otras más) y, a la vez, nutriéndose de ella, se inserta la novela que aquí nos ocupa, *El asombroso viaje de Pomponio Flato*, de Eduardo Mendoza, consagrado novelista barcelonés que en 2008 confeccionó esta obra en la que, como se verá más adelante, aúna todo ese bagaje de novela histórica, de subgénero policíaco, de temática cristiana y religiosa en general, etc., para llevarlo a su bien conocido terreno de la ironía y el humor.

2.- Eduardo Mendoza, una amplia trayectoria literaria⁶

Eduardo Mendoza nació en Barcelona en 1943 y, según él mismo afirma, se sumergió en la lectura precozmente por propia iniciativa y por las recomendaciones de algunos de sus familiares, casi siempre en el seno de la biblioteca de su familia materna, bastante bien surtida al parecer. Entre novelas de aventuras y clásicos castellanos y universales, Mendoza desarrolló sus años de infancia y escolares hasta ingresar en 1960 en la Facultad de Derecho más por inercia familiar que por propia vocación. Al finalizar sus estudios universitarios en esa misma década emprendió otra faceta de su vida que ya no le abandonará: la viajera. En efecto, pasa un año en Londres donde entra en contacto con la literatura anglosajona mientras cursa estudios de sociología, para volver de nuevo a Barcelona a desempeñar en la empresa privada varios trabajos relacionados con su formación académica pero sin colmar ninguno de ellos sus expectativas vitales, que ya mucho antes se habían decantado por la escritura. Así, a finales de 1973 marcha a Nueva York y comienza a trabajar como traductor en la Organización de las Naciones Unidas; al poco tiempo, en abril de 1975⁷ se publicó su primera novela, *La verdad sobre el caso*

⁶ En este punto seguimos básicamente a ALONSO, Santos, *La verdad sobre el caso Savolta de Eduardo Mendoza*, Madrid, Guías de lectura de Alhambra, 1988; GRACIA, Jordi, RÓDENAS, Domingo, *Historia de la literatura española. 7. Derrota y restitución de la modernidad, 1939-2010*, Barcelona, Crítica, 2011; y PRIETO DE PAULA, Ángel L., LANGA PIZARRO, Mar, *Manual de Literatura Española actual. De la Transición al tercer milenio*, Madrid, Castalia Universidad, 2007.

⁷ La narrativa española de los años sesenta del siglo XX fue alejándose progresivamente del realismo que se había extendido tras la Guerra Civil para entregarse a la experimentación que paulatinamente permeaba desde otras literaturas cercanas y que jugaba con el lenguaje, la forma y algunas técnicas novedosas, y todo ello con la finalidad de convertir la literatura en un medio de combatir al régimen franquista. Sin embargo, este tipo

Savolta, que se convirtió en un inmediato y grandísimo éxito de crítica y de público, con cientos de miles de ejemplares editados:

Después de un período dominado por un experimentalismo formalista, en muchas ocasiones exagerado, que por su árida naturaleza discursiva había alejado de sí a muchos lectores, *La verdad sobre el caso Savolta* abrió unas enormes expectativas, confirmadas posteriormente, ya que, como principal objetivo, proponía la recuperación del lenguaje narrativo, del arte tradicional de contar, en definitiva, que trajo consigo otra recuperación inmediata: el casi olvidado placer de leer novelas.⁸

Después, con algún opúsculo entre ellas, saldrán a la luz *El misterio de la cripta embrujada* y *El laberinto de las aceitunas*, antes del regreso del autor a Barcelona en 1983, ciudad que encuentra muy distinta y desde la que viaja a distintas urbes europeas en los años siguientes. En 1986 publica *La ciudad de los prodigios*, ambientada en la Barcelona de entre 1888 y 1929, fechas en las que acogerá dos Exposiciones Universales, abordando la transformación de la ciudad por el crecimiento desmesurado y la especulación y creando uno de sus personajes más redondos, Onofre Bouvila, que llega a la urbe para medrar. Para entonces ya se ha consolidado totalmente el estilo de Mendoza, confeccionado en la ironía, la parodia y el esperpento, pero sin por ello renunciar al tratamiento en profundidad de tramas y, sobre todo, personajes. A continuación salen a la luz *La isla inaudita*, 1989, una novela de tema amoroso situada en Venecia que rompe un poco el registro del autor hasta ahora, y *Barcelona modernista* en el mismo año, un ensayo de documentación histórica escrito en colaboración con su hermana Cristina, especializada en arte, sobre el cambio de la ciudad entre 1888 y la I Guerra Mundial. En 1991 su publicó *Sin noticias de Gurb*, el desternillante diario de un extraterrestre a la búsqueda de un compañero extraviado en la Barcelona preolímpica que detalla corrosivamente las costumbres y modo de vida de la ciudadanía barcelonesa, grandísimo éxito de público. Al año siguiente, además de la redacción de algún relato corto, otros trabajos menores y una incursión en el género dramático en lengua catalana como *Restauraciò* (que el mismo autor verterá más tarde al

de novelas no tuvieron la acogida deseada por parte del público y por ello, pese a que muchos autores y obras siguieron la indagación sobre la validez de la verosimilitud, los límites entre realidad y ficción y las posibilidades del lenguaje, otros escritores regresaron desde mediados de los 70, con la muerte del dictador Franco y el comienzo de la Transición, a la narrativa con argumento sólido, a menudo en los subgéneros policíaco o histórico. Todo ello se aúna en la primera novela de Eduardo Mendoza, *La verdad sobre el caso Savolta*, con una recuperación argumental y del denominado “placer de narrar” que abrirá camino para los años siguientes.

Como ya se ha visto, paralelamente a esta vuelta a la narrativa (y en parte como consecuencia de ella) tiene lugar un desarrollo de la novela histórica, comenzado en literaturas foráneas unas décadas antes y que también favorecerá su auge en España, y que situará sus escenarios y personajes en variadísimos periodos de la Historia universal, desde el antiguo Egipto y el mundo grecolatino hasta las décadas del franquismo y la propia Transición.

⁸ ALONSO, Santos, *La verdad sobre el caso Savolta de Eduardo Mendoza*, Madrid, Guías de lectura de Alhambra, 1988, pág. VII.

español), se publicó otra novela, *El año del diluvio*, otra narración amorosa con un romance torrencial y prohibido situada en los años 50, en pleno franquismo, una novela de sentimientos alejada de la parodia. Desde 1995, Mendoza impartirá clases durante unos cursos en la Universidad Pompeu Fabra, aunque sin soslayar su actividad como escritor, que produce en 1996 *Una comedia ligera*, una especie de resumen novelado y novelístico de todas sus obras anteriores con citas y referencias internas entre ellas, en lo que parece un momento de reflexión personal como escritor. En 2001 retomó Mendoza su camino más hollado del humor con *La aventura del tocador de señoras*, donde vuelve a aparecer el personaje central de *El misterio de la cripta embrujada* y *El laberinto de las aceitunas*, y en ese mismo año ya había escrito un ensayo biográfico sobre Pío Baroja, *Pío Baroja, la contradicción*, autor admirado por Mendoza junto con Cervantes y Valle-Inclán, como ha reconocido en varias ocasiones. Sus últimos trabajos son *El último trayecto de Horacio Dos*, 2002, *Mauricio o las elecciones primarias*, 2006, *¿Quién se acuerda de Armando Palacio Valdés?*, 2007, *Riña de gatos. Madrid, 1936*, Premio Planeta de 2010, el libro de relatos *Tres vidas de santos*, 2009, y otros trabajos de diversa índole, además de *El asombroso viaje de Pomponio Flato* en 2008, objeto de estudio en este trabajo, todas ellas en la línea habitual de escenas desternillantes y esperpénticas con personajes desmesurados en contextos actuales perfectamente reconocibles por sus lectores.

Igualmente, Eduardo Mendoza ha sido traductor de autores anglosajones como Lord Byron y algunas de sus novelas han sido trasladadas al cine, colaborando él mismo en la adaptación, y a otros idiomas, gozando en Francia, por ejemplo, de gran reconocimiento. Ese éxito de público y también de crítica le ha llevado recientemente a ser reconocido por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte español con la concesión del Premio de Literatura en Lengua Castellana Miguel de Cervantes 2016, cuyo jurado fundamentó dicho fallo así:

porque, con la publicación en 1975 de *La verdad sobre el caso Savolta*, inaugura una nueva etapa de la narrativa española en la que se devolvió al lector el goce por el relato y el interés por la historia que se cuenta, que ha mantenido a lo largo de su brillante carrera como novelista. Eduardo Mendoza, en la estela de la mejor tradición cervantina, posee una lengua literaria llena de sutilezas e ironía, algo que el gran público y la crítica siempre supieron reconocer, además de su extraordinaria proyección internacional.⁹

⁹ <http://www.educacion.es/prensa-mecd/actualidad/2016/11/20161130-cervantes.html>.

3.- *El asombroso viaje de Pomponio Flato, ¿una novela histórica?*¹⁰

Al abordar la lectura de *El asombroso viaje...* en sus primeros capítulos o incluso antes de iniciar dicha lectura, pueden asaltarnos dudas sobre si estamos o no ante una novela histórica al uso. El tratamiento del material por parte de Mendoza, que el propio autor tamiza, como marca ya señera, con el humor y la ironía, puede inducir a pensar que esta obra no es una verdadera novela histórica. Por lo que vamos a ver en este epígrafe, creemos que sí estamos ante narrativa de ese subgénero, aunque más cercana a una parodia del mismo subgénero que a una novela histórica convencional.

En su obra *Apología de la novela histórica*, una recopilación de ensayos acerca del género que el propio autor había ido publicando, Carlos García Gual afirma que en la novela histórica se pueden distinguir fundamentalmente dos modelos narrativos: primero, el que viene conformado en torno a una aventura romántica entre dos personas, alrededor de cuya relación se pinta el escenario histórico a retratar (con mayor o menor profundidad y detalle), y en el que el personaje principal es una figura no puntera dentro del devenir de la Historia pero que sí puede presentar relaciones más o menos puntuales con actores muy relevantes dentro de ésta y que narran de algún modo cambios (a menudo traumáticos) en ese mismo devenir; y un segundo modelo narrativo centrado, ahora sí, en personas claves de gran calado histórico y que con frecuencia también marcan grandes hitos en la cronologías de los grandes periodos de la Historia, por lo que los hechos novelados adquieren derroteros biográficos en su mayoría¹¹. En efecto, tomando como válido ese presupuesto, aunque ciertamente simplificado, parece que en *El asombroso viaje...* Mendoza toma ambos modelos narrativos y los parodia en cuanto a estructura general por separado y en cuanto a personajes internos dentro de cada una de esas estructuras, de esos dos arquetipos superiores en los que se encuadrarían todos los trabajos en el género. Trataremos de ampliar esto a continuación.

Primeramente Mendoza nos presenta al personaje de Pomponio Flato como ese “héroe medio” que, según García Gual, protagoniza el primer tipo de novela. Flato no es un personaje real, histórico, y no es una figura de primer orden que marca la cronología de

¹⁰ Para la elaboración de este epígrafe nos basamos en: GARCÍA GUAL, Carlos, *Apología de la novela histórica y otros ensayos*, Barcelona, Ediciones Península, 2002; y FERNÁNDEZ PRIETO, Celia, *Historia y novela: poética de la novela histórica*, Barañáin, Eunsa, 2003.

¹¹ Como postula en su obra ya mencionada y en otro gran trabajo sobre este tema, *La Antigüedad novelada*, Barcelona, Anagrama, 1995, para ambos modelos García Gual halla antecedentes en las novelas griegas de los siglos I-II y III d. C., concretamente en *Quéreas* y *Calíroo* de Caritón de Afrodisias, y en *Vida de Alejandro de Macedonia* de Pseudo Calístenes. Sin embargo, no está muy de acuerdo Fernández Prieto con este argumento, ya que se estarían aplicando presupuestos actuales a géneros antiguos, cayendo en un análisis anacrónico. (FERNÁNDEZ PRIETO, Celia, *op. cit.*, pág. 45).

la Historia; es una creación literaria que sirve para desarrollar el argumento novelesco y que contextualiza el escenario donde nos sitúa el autor. Es un “héroe medio”, bajo, podríamos decir incluso al tenor de las vicisitudes que sufre y afronta (Mendoza lo lleva a su terreno y lo caricaturiza), pero, al fin y al cabo, es el héroe-protagonista de la historia porque resuelve el enigma central (aunque ya se verá de qué manera) y lleva a buen puerto el empeño encomendado; además, sobre él pivota casi toda la acción y también la atmósfera y los escenarios en los que se desarrolla dicha acción.¹²

Por otra parte, Pomponio Flato forma pareja, no romántica como es canónico en el género, sino casi paterno-filial o fraternal de hermano mayor a menor, con el otro protagonista de la novela, Jesús, el fundador del cristianismo, retratado aquí en sus años de infancia. Las andanzas del dúo alimentan la trama novelesca y presentan un mundo con muchos matices y aristas: costumbres griegas, romanas y judías, el papel de la mujer en dicho mundo, las relaciones entre la filosofía antigua y la religión, etc., con todo el trasfondo de la fe judeo-cristiana como aglutinante principal, ya que toda la presencia de Jesús está marcada por la posterior enseñanza cristiana y su predicación, de la que, por supuesto, no se nos dice nada pero que flota en la lectura y que el propio lector aporta desde el papel que el propio Mendoza le hace jugar a éste al sumergirse en su obra.¹³ Y como tantos otros ejemplos en el género, la acción termina con el final feliz de la pareja ya que todo llega a buen término y cada miembro cumple con su cometido y parte del trato, y,

¹² Hilando con otros protagonistas *mendocianos* Pomponio Flato es un personaje como Javier Miranda (*La verdad sobre el caso Savolta*), el detective sin nombre (*El misterio de la cripta embrujada*) e incluso como Onofre Bouvila (*La ciudad de los prodigios*), que tratan de buscar su sitio en la sociedad: Pomponio es un ciudadano romano, un caballero romano del orden ecuestre, pero que no realiza actividades propias de su estrato social como la milicia, el comercio, etc., y tampoco lleva a cabo funciones esperables de su condición como esposar a una ciudadana romana y convertirse en un *pater familias* respetable. Se dedica a la filosofía, es fisiólogo y por ello ya está fuera de los círculos habituales latinos. Va buscando unas milagrosas fuentes de la sabiduría con obras literarias como guías, fuera absolutamente del papel que le asignaría su sociedad. Y además, no creyendo para nada en la religión, se ve inmerso en una sociedad completamente confesional como la judía y en los albores (aún insospechados) de otra religión monoteísta como la cristiana. Todos los que le rodean lo califican y lo tratan como un ser extraño, ajeno a ellos, fuera de contexto y de lugar: los árabes del comienzo, la sociedad nazarena e incluso los otros ciudadanos romanos con los que se topa, quienes no lo conciben como un igual. Sólo Jesús parece aceptarlo y comprenderlo tal como se comporta, además del narrario Fabio del poco más sabemos. Y pese a resolver el crimen finalmente, tampoco se granjea Pomponio el afecto o el respeto de los que le rodean, sino que sigue siendo un fracasado, desde el comienzo hasta el final.

Como Javier Miranda u Onofre Bouvila, Pomponio también es un advenedizo, un recién llegado a la sociedad que le acoge mas en la que no termina de encajar, desligándose de ella al terminar la acción.

¹³ Al involucrar tanto al lector en la lectura de la novela y al abocarle a poner de su parte todos los conocimientos sobre Jesús narrados posteriormente en el Nuevo Testamento, se le introduce de gran manera en el nivel metaficcional de la propia novela. Hay un nivel narrativo primigenio, primario que es la descripción de las aventuras de Pomponio Flato y Jesús niño para esclarecer el caso de José, mas también existe un nivel metaficcional de narración que implica al lector de tal manera que los límites temporales e incluso espaciales se reducen muchísimo, acercando historia y lector totalmente. *Vid.* parte final de este epígrafe, págs. 20 a 23.

coincidiendo todo ello con un cambio importante en la Historia, ya que, según debemos deducir como lectores, va a comenzar una nueva etapa con el inicio de la vida pública de Jesús y su ministerio público. Esta aparición de Jesús, un personaje histórico de importancia mundial es la que aprovecha Mendoza para realizar su parodia de ese segundo tipo de novela histórica que hemos nombrado un poco más arriba, aquella en la que el protagonismo se centra en una figura de la Historia, con más o menos carácter biográfico. Aquí tenemos como protagonista a Jesús en una época, además, de la que casi no se conoce nada, su infancia y su relación con sus padres, pero de cuya vida se detallan algunos elementos que sí van a ser importantes posteriormente y de las que sí hay noticias históricas, como la relación con la niña Lalita-María que se traslada a vivir a Magdala tras ser vuelta a la vida por el propio Jesús¹⁴. Por tanto, Mendoza se vale de los dos modelos argumentativos fundamentales de la novela histórica para, después de llevarlos a terrenos propios y pasarlos por su tamiz *mendociano* de lo grotesco, parodiarlos y satirizarlos construyendo una caricatura de esa novela histórica que mueve a la risa constantemente, incluso en momentos tan solemnes como la propia muerte de algunos personajes como las de Zara, su hija o la casi consumada ejecución de José. Pero aun siendo una caricatura, *El asombroso viaje...* es una novela histórica porque responde también a las características principales del género, como se va a desarrollar en las siguientes líneas.

En la misma obra de García Gual mencionada *supra*, éste afirma al comienzo que

La novela histórica tiene una notable mala fama entre los críticos literarios y entre los historiadores. Unos y otros suelen reprocharle que es un género bastardo y ambiguo, pues ha nacido de la mezcla o combinación (en fórmulas variables) de la crónica histórica y la ficción novelesca. Los historiadores le reprochan que no se limite a contar el pasado atestiguado como verdadero, y los críticos que apoye su relato ficticio en los andamiajes de la Historia.¹⁵

No obstante, este carácter mestizo también ha sido esgrimido por sus valedores como una marca propia, acertada para construir una narrativa que completara, coloreara, humanizara y redondeara según los casos la propia Historia, el discurso histórico que, a menudo, silencia o pasa por alto todo aquello que escapa al dato, el testimonio o el documento oficial. Con todo, incluso ha habido autores consagrados en otros géneros o subgéneros que al adentrarse en el de la novela histórica lo han realizado con reparos o han justificado su incursión en el género como si se tratara de literatura de segunda categoría o de una calidad menor, hecho también achacado al gran éxito que tiene en las últimas

¹⁴ Esa resurrección o, mejor dicho, regreso al mundo de los vivos desde el de los muertos, es realizada por el mismo Jesús a imagen de la leyenda de Apolo y Dafne que le es narrada por el propio Flato, otra reminiscencia clásica de la que nos ocuparemos más adelante. *Vid.* epígrafe 6.1 y nota 31.

¹⁵ GARCÍA GUAL, Carlos, *op. cit.*, pág. 11.

décadas de este tipo de narración. Pero el propio García Gual considera que la calidad no ha de estar más reñida con la novela histórica que con otros géneros (de hecho, para nosotros *El asombroso viaje...*, por su utilización del lenguaje y de los recursos y personajes narrados, es una muestra de calidad literaria), y que, pese a su mala fama, la conjunción de novela y marco histórico, lo que realiza Mendoza, es perfectamente compatible y defendible porque:

... la novela histórica es ficción. Es clara, indiscutible y esencialmente, una ficción, verosímil, puede ofrecernos una interpretación más real y más viva de los sucesos que la de la historiografía, gracias a la mayor libertad del narrador para enfocar y colorear los sucesos y, en suma, para inventar o reinterpretar personajes.¹⁶

Tras esta defensa, García Gual detalla algunos requisitos de la novela histórica que encontramos en la obra de Mendoza y cuyo cumplimiento nos permiten afirmar que la novela del autor barcelonés se adscribe al género histórico. El primero sería la libertad ficcional mediante la cual Mendoza pone en el centro de la narración el personaje de Pomponio Flato, una figura menor como ya se ha dicho, para fijar un escenario histórico real y unos personajes históricos reales, Jesús y su familia principalmente, con los que contar su historia. Junto a ello y como consecuencia también del menor encorsetamiento al que está sometido el novelista frente al historiador, aquél, aquí Mendoza, da la voz directamente el propio Pomponio Flato, quien narra en primera persona los hechos acaecidos bajo la forma de una epístola personal dirigida a un amigo llamado Fabio a quien le confiesa sus aventuras y desventuras en esa parte del Imperio. Por otro lado, Mendoza igualmente aprovecha aquí para novelar en parodia (o parodiar en novela) una época de la vida del principal personaje real que aparece en su obra, Jesucristo, de la que poco o nada se conoce, su edad infantil, adentrándose así en una faceta desconocida de éste, que le ofrece al autor varias posibilidades de explotar literariamente, y que finalmente se lleva a cabo desde el humor y la ironía, sello *mendociano*.¹⁷ En este punto, y en otros, entra en juego el buen hacer del novelista barcelonés que dibuja con acierto desde su fabulación y fantasía un niño muy maduro en ocasiones –hasta el punto de contratar al que él cree un

¹⁶ GARCÍA GUAL, Carlos, *op. cit.*, pág. 12.

¹⁷ Al situar la obra en ese momento vital de Jesús, hay autores que han hablado de que Mendoza crea aquí una especie de evangelio apócrifo sobre el nazareno y la sagrada familia (una sagrada familia bufa, grotesca) que supliría la falta de documentación sobre ese tiempo. “*La obra añade algo así como un nuevo Evangelio, un texto pagano que trata de la Sagrada Familia, envuelta de algún modo en un embarazoso crimen.*”, SERNA, Justo, *La imaginación histórica. Ensayo sobre novelistas españoles contemporáneos*, Sevilla, Fund. José Manuel Lara, 2012, pág. 99. Por añadidura, esa etapa de la vida de Jesús es una de las que los estudiosos han designando como “áreas oscuras” de la Historia, que son en las que los novelistas pueden actuar más libremente para no contradecir a los hechos históricos. *Vid.* también en este mismo sentido VIALET MARTINEZ, Claire, “L’Évangile apocryphe selon Mendoza ou l’Odyssée de Pomponio Flato” *Cahiers d’études romanes*, 29 (2014), 201-226.

experto investigador para esclarecer el caso de su padre José–, y, de manera aneja, un niño, simplemente, que está deseando volver a encontrarse con la hija de la meretriz Zara para jugar y divertirse como cualquier otro infante de su edad.

De la misma manera, al introducir Mendoza el componente policíaco hilvanado con varias tramas unidas (resolución de un crimen, absolución del principal culpable e inculpación del verdadero responsable, etc., y todo ello en medio de luchas por el poder y de pretendidos enriquecimientos súbitos gracias a manejos inmobiliarios no muy lícitos), todo ello lleva a colegir que el novelista deseaba parodiar también la novela negra o bien ese subgénero, surgido hace mucho, de la novela policíaca inserta en un ambiente histórico y que de tanta vitalidad goza entre los lectores de todo el mundo. Por eso, y en muchos aspectos diferentes, Mendoza presenta ante los lectores una Palestina y una familia sagrada cristiana bastante variopinta, simpática y divergente de la que estamos acostumbrados a conocer por las fuentes tradicionales. Esa mezcla de tradición grecolatina, costumbres y religiosidad judías e inminente cristianismo es un escenario conocido, familiar para cualquier lector, y concede a *El asombroso viaje...* una vigencia total como escenario para una sátira histórica. Sin duda, es éste otro acierto del relato *mendociano* que no estaría contenido en la obra si el tiempo escogido para la ficción hubiese sido otro.

Igualmente se lleva a cabo una desmitificación de la Historia sagrada: esa tendencia a la parodia, a la desmitificación y a la *deshistorización* conlleva una humanización de hechos y personajes, tendencia emergente en la novela histórica de las últimas décadas y que Mendoza, habiéndolo usado ya en otras obras suyas¹⁸, vuelve a desplegar en *El asombroso viaje...*

Por consiguiente, a la pregunta de si *El asombroso viaje...* es o no una novela histórica, la respuesta debe ser afirmativa por la mezcla de ficción e Historia que presenta, pero no es el único argumento que se ha de poner encima de la mesa. Así, el paratexto, título –e imagen que lo acompaña–, la contraportada y la nota final del propio autor nos indican igualmente que sí porque realizan la filiación de la obra al género de la novela histórica. También nos ofrece una respuesta afirmativa la comprobación de que la obra de Mendoza cumple con los tres rasgos constitutivos del género que teoriza Fernández Prieto en su poética¹⁹: primero, en ella conviven personajes, hechos y escenarios inventados con otros históricos; segundo, la acción se desarrolla en un pasado específico pero conocido, datable por los lectores; y tercero, y unido al anterior, subyace la existencia de una

¹⁸ Vid. *La ciudad de los prodigios*, por ejemplo.

¹⁹ Vid. nota 10, Fernández Prieto, *op. cit.*, pág. 177.

distancia temporal suficiente entre ese pasado reconocible y el momento actual en el que se encuentra el lector.

De la misma manera y siguiendo el hilo de la teoría poética que esta autora expone para ese género de la novela histórica en el capítulo III, págs. 167 a 217, otra premisa que la obra objeto de este trabajo pone también en juego es la presunción en sus lectores de unos conocimientos históricos y de la fe cristiana previos a enfrentarse a la lectura de la narración de esos hechos, con lo que el lector se implica más vivamente al reconocer elementos que ya sabía y al sumar o ampliar otros nuevos que le refuerzan ese saber. En el caso de *El asombroso viaje...* este papel *activo* del lector es, si cabe mucho más acusado sobre todo en lo referente a la doctrina católica. Nos encontramos con uno de los personajes centrales, Jesús de Nazaret, en su etapa infantil, es decir, en un momento en el que esa religión cristiana que él mismo va a fundar en unas décadas todavía no ha nacido, ni siquiera eclosionado (Jesús es un judío que se mueve en un ambiente judaizante), pero Mendoza aprovecha magistralmente esos conocimientos de la futura liturgia cristiana y de la vida pública del galileo recogida en el Nuevo Testamento para parodiar todos esos hechos que forman parte de la historia universal y construir algunos chistes y situaciones humorísticas francamente reseñables como el propio final de la novela: “... dentro de unos años será como si nada hubiera existido, y nadie se acordará de Jesús, María y José, [...], pues todo decae, desaparece y se pierde en el olvido, salvo la grandeza inmarcesible de Roma.”, (pág²⁰. 186).

Utiliza también Mendoza varios “anacronismos necesarios”²¹: los dos recursos del anacronismo para el lenguaje, el anacronismo verbal:

- primero, un uso arcaizante del lenguaje, que produce un efecto pastiche que provoca en *El asombroso viaje...* un punto de artificiosidad que sirve igualmente al autor para mover a la risa haciendo parodia de este elemento también. Valga como muestra un diálogo que mantienen Pomponio y la viuda de Epulón en el capítulo XI:

- Ni yo lo haría, oh ilustre y apenada mujer, en dignidad semejante a una diosa, de no habérmelo impuesto una causa de orden superior. Por la escolta que traigo habrás deducido el carácter oficial de mi embajada. Un carácter que mitigan y transforman la compasión y la estima que siento hacia ti y hacia todos los allegados de tu difunto esposo, cuyo espíritu descansa en compañía de sus antepasados y otros hombres ilustres en el averno o dondequiera que vayan los judíos muertos.

Dijo la viuda:

- ¿Y es acaso posible conocer la causa de la intrusión sin tantos prolegómenos?

²⁰ Toda referencia a la novela sigue la paginación del ejemplar que se ha utilizado en la elaboración de este trabajo: MENDOZA, Eduardo, *El asombroso viaje de Pomponio Flato*, Barcelona, Seix Barral, 2008.

²¹ Fernández Prieto, *op. cit.*, pág. 192.

- Ciertamente -repuse-. Y la expondré de modo sucinto y claro, como es mi estilo, si bien a veces la presencia de oídos ajenos me impone tediosos circunloquios (pág. 98).

Existirían otros ejemplos de la utilización de este lenguaje en la obra (como los retóricos parlamentos del griego Filipo-Apolo en casi todas sus intervenciones, o la ocasión en la que toma la palabra el legionario Quadrato para detallar quién y por qué está atacando el Templo cuando es sitiado por la muchedumbre, págs. 153-154), que convierten en grotescos y casi ridículos los parlamentos de los personajes. La misma función se otorgaría a la gran cantidad de latinismos y expresiones latinas con la que se expresan los diferentes personajes, en su mayoría, romanos de origen: *maior domus*, *pater familias*, (pág. 42), *cave canem*, (pág. 50), *videlicet*, *in mente* y *placet* (pág. 142), *ipso facto* (pág. 154), *ecce homo* (págs. 155 y 156), *in extremis* (pág. 160), etc., a la búsqueda de la comicidad. En este punto hay que destacar también la utilización de varios nombres propios de personajes que caracterizan a esos mismos actores: se trata de nombres parlantes que nos informan de rasgos o de la propia personalidad de esos protagonistas, empezando por el de Pomponio Flato, a partir de una palabra *pompa* que denota “pompa, ostentación, aparato”, y del sustantivo latino *flatus* (verbo *flo*, “soplar, exhalar”): “soplo, respiración, aliento”, y también “ventosidad”, en clara alusión a la forma de hablar y de desenvolverse, y a los problemas intestinales, respectivamente, del protagonista romano. O el cómico Apio Pulcro, literalmente “apio bello, noble” desde el latín; Quadrato haría referencia a la herida de guerra que sufrió el legionario y también a las cortas entendederas del mismo, como se nos explica en la propia novela: “Más tarde, a las órdenes del divino Augusto, en Cantabria, donde recibió varias heridas gloriosas. Una de ellas, producida por la maza de un astur, habría resultado fatal de no ser por el casco, que le evitó la muerte, pero no una merma sensible del entendimiento.”, (pág. 96); el Sumo sacerdote Anano resulta un trasunto del sacerdote judío del siglo I d. C. Ananías, nombrado en varios pasajes de la Biblia y por el historiador Flavio Josefo, (*Antigüedades judías*, XX, 5, 2), un nombre común entre la comunidad judía y que significaría “pío es Yahvé”; más inseguros resultan Zara, de origen árabe que parece significar “flor brillante”, y Lalita, de filiación oriental y traducible como “encantadora”.

- segundo, lo contrario, la modernización lingüística, aplicar a los personajes históricos y situados en el pasado un lenguaje actual, común a autor y lector, que, indefectiblemente, lleva del mismo modo a la parodia y a la sátira. Veamos un diálogo entre Lázaro y Pomponio en el que regatean por el pago de una información:

- [...] Por diez sestercios os cuento algo realmente sustancioso.
- Cuatro.
- Seis.
- Cinco y suelta esa información.
- Primero el numerario (pág. 61)

O cuando Apolo se le aparece a Pomponio y le confiesa: “- En verdad, Pomponio, las cosas no han salido a la medida de mis deseos. En Grecia habría sido distinto, pero en Israel estoy fuera de mi territorio. Ya me gustaría ver al Mesías haciendo milagros en el Peloponeso.”, (pág. 180).

Ese tratamiento de la lengua, los registros y el vocabulario también hacen del lenguaje una vía al humor, al esperpento e incluso a la carcajada. En nuestra novela, pues:

El lenguaje es una invención audaz, una recreación de fórmulas y expresiones procedentes de la literatura española más deliciosamente rancia: con giros rebuscados, hallazgos retóricos y pomposos, en ocasiones auténticas flatulencias verbales que desmienten la gravedad de lo que acaece. El lenguaje, sí, es el auténtico protagonista del relato: como si con esos recursos el autor quisiera hacer explícita la ficción o, mejor, la imposibilidad de la ficción al tiempo que ocurre y la vemos, con escenas teatrales, con personajes algo desastrosos²².

Todo ello conduce al denominado anacronismo necesario, en el que los acontecimientos, lenguajes y acciones del futuro influyen inexorablemente en la narración de los hechos pasados, sean cuales sean, que se recrean en una novela histórica, lo que se incluye en el pacto de género entre autor y lector, el *pacto de lectura*. Por otro lado, ese contrato entre lectores y autor viene establecido en *El asombroso viaje...* desde el mismo comienzo, desde la primera línea, cuando aparece en ella el nombre de Fabio, el narratario al que va dirigida la supuesta misiva del propio Pomponio Flato. Con este recurso de la epístola, Mendoza nos introduce de lleno como lectores y desde el primer momento en el mundo espacio-temporal en el que se desarrolla su obra. Únicamente con la lectura del primer párrafo de la novela (pág. 7) ya deducimos como lectores que nos encontramos con un texto situado en la antigüedad romana: los términos “Que los dioses te guarden”, “Fabio” (nombre fácilmente asociable a ese mundo), “los más remotos rincones del Imperio” (se desprende que se trata del Imperio Romano), “papiro”, “tumba etrusca” y “por Hércules” nos llevan irremediabilmente a algún lugar del vasto Imperio Romano. Sólo con leer esas primeras líneas se activa lo que Fernández Prieto llama “enciclopedia histórica” del lector y se conectan el mundo recreado por el autor en la novela y los conocimientos previos y propios del lector sobre esa época de la Historia. El contrato de

²² SERNA, Justo, *op. cit.*, págs. 102-103.

lectura se ha establecido firmemente y a partir de ahí se contextualiza más o menos el escenario pero el lector ya sabe a qué atenerse y lo que puede esperar.²³

4.- Resumen del argumento de *El asombroso viaje de Pomponio Flato*

A continuación se detalla el hilo argumental de la obra por capítulos:

I. Buscando unas fuentes de aguas milagrosas, Pomponio Flato, ciudadano romano del orden ecuestre, pierde su caballo y, tras haber bebido unas aguas no potables, resulta afectado de incómodos problemas intestinales y de gases que le producen unas terribles flatulencias. Se encuentra entonces con una caravana árabe y finalmente se une a ella para lograr huir del desierto, después de describir las costumbres de sus componentes. Tras avistar un campamento militar romano con Liviano Malio al mando, los nómadas árabes abandonan a Pomponio con sus compatriotas; levantado el campamento, los soldados y Pomponio avanzan y llegan a territorio judío, zona de gran inestabilidad por los continuos levantamientos sociales contra la dominación romana.

II. El convoy se cruza con un destacamento romano que se dirige a una pequeña aldea norteña y Pomponio Flato se une a ellos. La avanzadilla está mandada por Apio Pulcro, tribuno de Cesarea. El protagonista relata los castigos impuestos por el tribuno a sus soldados, que son conmutados por dinero, en un ejercicio de corrupción denunciado por Pomponio.

III. El contingente romano llega a una pequeña aldea judía (en el capítulo siguiente se nos aclarará que se trata de la población de Nazaret) y Pomponio detalla las costumbres judías que va observando. Luego Apio Pulcro le narra la situación del reo José, su acusación por el asesinato de un rico y respetado hombre de negocios llamado Epulón. Se da la paradoja de que José es el único carpintero de la zona y él mismo debe, en consecuencia, fabricar la cruz en la que será ajusticiado.

IV. Amanece el día de la ejecución de José; Pomponio se encuentra con Jesús, hijo de José, y nos lo describe, para luego exponer los acontecimientos y el punto de vista de la familia de José acerca de la situación; los personajes llegan a la casa de Jesús, José y María, esposa de éste y madre de Jesús; Pomponio se entrevista con José para tratar de aclarar algo del caso pero éste no dice nada y continúa su trabajo en la cruz. Jesús contrata a Pomponio para ayudar a exculpar a su padre por medio de las averiguaciones que pueda realizar como investigador y ambos se separan para indagar cada uno por su lado.

²³ Vid. nota 13.

V. Se relata la entrevista que mantiene Pomponio con el Sumo Sacerdote Anano, máxima autoridad religiosa y política de Nazaret, y después con Filippo, principal sirviente de Epulón y griego de origen, el asesinado. En ese encuentro con Filippo en las termas de la aldea se detalla el descubrimiento del cadáver de Epulón en la biblioteca de su casa por parte de él mismo y del sacerdote Anano.

VI. A la salida de las termas, se nos da una sucinta descripción de la localidad de Nazaret y del camino hacia la residencia de Epulón, una villa a las afueras hacia la que se dirigen Pomponio y Jesús para realizar averiguaciones sobre el caso. El niño cae dentro de la finca espiando desde la tapia y Pomponio trata de franquear la entrada para rescatarlo, entablando una conversación con Berenice, hija de Epulón, pero a la que en primera instancia toma por una sirvienta de la casa.

VII. Durante el diálogo entre los dos personajes referidos, aparece un tercero que resulta ser Mateo, el otro vástago de Epulón, que ha sorprendido a Jesús intentando colarse en la biblioteca de la casa. Ante el revuelo ocasionado por el incidente, también intervienen finalmente en la escena la viuda del asesinado y el sacerdote Anano, con quien ésta se estaba entrevistando. Se produce la expulsión de los dos extraños de la casa y, en el camino de vuelta a casa, Pomponio y Jesús se encuentran con Lázaro, un mendigo que les pide dinero a cambio de información sobre el crimen y que les encamina a una casa también a las afueras. Cuando llegan, no encuentran a nadie en la casa excepto a una niña de la edad de Jesús llamada Lalita, que es la hija de la propietaria. Jesús se queda jugando con ella y Pomponio decide volver al pueblo precipitadamente para buscar un aplazamiento de la ejecución ya que el plazo expira a la caída del sol.

VIII. Pomponio se entrevista con el tribuno Apio Pulcro para lograr demorar la crucifixión de José pero el militar la suspende por iniciativa propia; le revela a Pomponio los planes de comprar junto con otros propietarios locales unos terrenos que se van a recalificar y revalorizar, hecho que el sacerdote Anano y el mismo Epulón también conocían. Con ello esperan todos obtener un rápido enriquecimiento. Después, exhausto por el ajetreo del día y por no haber casi comido nada en horas, Pomponio cae rendido por el sueño en la calle junto a una fuente en la que se detiene a acicalarse, teniendo entonces un enigmático sueño sobre una zorra y un cuervo.

IX. Pomponio es despertado por una mujer, quien le invita a su casa a cenar para que se reponga. Dicha vivienda resulta ser la misma que les había señalado anteriormente Lázaro, una construcción sencilla y aislada que es la residencia de Zara, meretriz que ejerce en la zona, y de su hija Lalita, con la que se había quedado Jesús. Mientras Zara

prepara la cena y Pomponio le interroga sobre Epulón y el crimen, la prostituta le cuenta que Mateo, hijo de Epulón financia un movimiento de resistencia contra la autoridad romana, además de interpretarle el sueño al caballero romano. Pomponio se queda prendado de la mujer pero después de la cena vuelve al pueblo para dejar a Jesús con su familia.

X. Pomponio, tras volver al establo que le han proporcionado como estancia, se retira a dormir y pasa la noche entre sueños y desvelos; al punto de la mañana acude al templo donde se entera de que ha habido un ataque nocturno contra Apio Pulcro y su guarnición aunque sin demasiadas consecuencias. Luego se traslada hasta la casa de José para dejar el caso, abatido por su nulo progreso investigador, pero mantiene una larga conversación con María (acerca de la situación familiar y de José, del carácter del pueblo judío, etc.) que, junto con el entusiasmo de Jesús, le convence para seguir con las averiguaciones.

XI. Pomponio torna a presentarse en la casa de Epulón para entrevistarse con su viuda, por lo que engaña al portaestandarte Quadrato con el fin de que les acompañe como escolta oficial y dar un carácter más grave a su visita. La argucia surte efecto y la viuda accede al encuentro, en el que le confiesa a Pomponio que Mateo no es verdaderamente su hijo, sino fruto de un matrimonio anterior de su difunto marido con otra mujer.

XII. Al acabar la entrevista, Pomponio sale de la casa pero se percata de que Jesús ha desaparecido por lo que comienza a buscarlo, encontrándose entonces con el sirviente Filipo, quien le conduce a sus aposentos para charlar con él. Después de la plática, un tanto sorprendente por la suntuosidad con la que el esclavo griego agasaja al romano, Pomponio se reencuentra con Jesús y ambos se encaminan hacia el centro de la ciudad –abandonando en la casa a Quadrato–; el niño le narra un diálogo entre Berenice y Mateo que ha escuchado a escondidas y del que ambos protagonistas deducen (luego se verá que equivocadamente) que los hermanos están enamorados. Tras el trayecto de vuelta a la aldea, el romano acude a la ciudadela del templo y habla con Apio Pulcro; éste le comunica unas nuevas detenciones por las algaradas nocturnas, las de Juan y Judá, y su próxima ejecución junto con José. Se produce, en consecuencia, un nuevo aplazamiento de la crucifixión de José ya que se necesitan dos nuevas cruces para los recién condenados. Pomponio se encuentra otra vez con Lázaro, quien le participa de que Zara y su hija están en peligro, por lo que el romano se dirige con presteza hacia la casa de ésta, de nuevo con Quadrato como escolta militar tras volverlo a embaucar.

XIII. El grupo llega a la casa de la cortesana pero sólo pueden constatar su defunción y la de su hija, que yacen ya muertas allí. Regresan a la población para avisar a las autoridades y luego Pomponio acompaña a Jesús, desconsolado por la muerte de Lalita, a su casa. Allí se encuentra el romano con Zacarías e Isabel, primos de José y María, quienes le invitan a cenar a su casa; Pomponio y sus anfitriones conversan entonces largamente sobre la fe judía, a la que Pomponio contrapone sus argumentos filosóficos, y sobre la situación histórica del país. Más tarde, Pomponio se despide agradeciendo la hospitalidad y sale a la calle para irse a dormir, pero alguien le sigue y le asalta, resultando ser Mateo el acechador, quien le confiesa que estaba enamorado de Zara y dispuesto a casarse con ella. Ambos acuerdan realizar averiguaciones sobre todos los asesinatos y compartir luego la información.

XIV. Mientras Pomponio duerme habiéndose retirado a su establo, sueña de nuevo con la zorra y el cuervo, el cual deja caer una llave que porta en el pico; entonces Pomponio se despierta y con esa imagen de la llave cree haber resuelto las principales claves del caso de Epulón. Al amanecer, sale a la calle y se encuentra con Lázaro, con quien se dirige al sepulcro del asesinado a constatar sus intuiciones. Allí descubren a Berenice junto con algunos esclavos suyos a punto de sacrificar a Jesús, al que han apresado. Ésta se confiesa una sacerdotisa de una diosa oriental y tras haber capturado también a Pomponio, que quería salvar a Jesús, se dispone a asesinar ritualmente a ambos protagonistas para ofrecer sus cuerpos al espíritu de su padre. En el último momento aparece Lázaro con el tribuno Apio Pulcro y los legionarios romanos que habían sido alarmados por aquél a instancias de Pomponio. Ya a salvo, éste muestra que el sarcófago de Epulón está efectivamente vacío, como el protagonista sospechaba; tras el descubrimiento, da instrucciones de que se reúna la asamblea local (el Sanedrín) y todos los implicados para exponer su teoría de cómo se ha desarrollado, según él, realmente el caso.

XV. Pomponio Flato expone, una vez todos se han reunido, sus deducciones y conclusiones (Epulón ha fingido desde el principio su muerte para huir, ha incriminado falsamente a José y, por tanto, no ha existido ningún crimen), pero nadie le cree y se ratifica por la asamblea la muerte de José y los otros dos reos. En ese momento se informa de que se ha levantado una revuelta popular para exigir la puesta en libertad del Mesías, a quien la muchedumbre cree detenido por la autoridad romana. La asamblea es sitiada en el templo por la masa, a la que se trata de calmar reiteradamente con varias tretas; el

sacerdote Anano está a punto de caer desde la muralla pero Judá, uno de los condenados, le salva *in extremis*. Anano se retira finalmente a realizar un sacrificio.

XVI. Y cuando todo estaba perdido y el templo casi es asaltado, se presenta una cohorte comandada por Liviano Malio (el mando militar romano que había aparecido al comienzo de la novela) y la turbamulta se dispersa. Conjurado el peligro y devuelta la calma, Malio comunica también que un tal Filipo les ha entregado un documento para Anano, además de haberles conminado a que acudieran en auxilio del templo. Dicho documento resulta ser una confesión manuscrita del falso Epulón, cuya verdadera identidad es la del peligroso criminal Teo Balas, azote de la zona, y en la que el huido exculpa a José, con quien se había conchabado para arreglar el sarcófago donde iba a ser enterrado con el fin de poderlo abrir desde dentro y escapar luego; también confirma que luego traicionó al carpintero para inculparlo en el asesinato y que fue él mismo quien mató a Zara y Lalita para encubrir su huida. A resultas de esa confesión, los condenados son liberados.

XVII. Finalmente, todo es aclarado y José es puesto en libertad, lo que se celebra en su casa con su familia. José narra su versión de lo acaecido a Pomponio, además de detallarle sucintamente las vicisitudes del embarazo de María y posterior nacimiento de Jesús. Todos se despiden de Pomponio, quien parte en busca de otras fuentes milagrosas a nuevas latitudes del Imperio Romano. Antes de su partida, el romano tiene una visión en la que se le aparece el griego Filipo, que resulta ser el dios Apolo, el cual le resuelve los cabos sueltos que restaban en todo el relato y sobre el caso de Epulón.

5.- El contexto histórico de la novela²⁴

5.1.- La presencia del helenismo griego

Tras el paso de Alejandro Magno, la monarquía lágida fundada por la dinastía de los Ptolomeos en Egipto, asumió el gobierno de Alejandría y su región, en la que se ubicaba una importante población judía, asentada en las tierras de Samaria, Judea y Edom. Así, la cultura griega se encontró con el judaísmo; y, reservándose el hebreo para los sectores literarios y religiosos, el arameo y el griego se aprendieron por parte de grandes capas sociales judías, siendo éste último, además, muy útil para los negocios y la vida comercial de esas zonas. Ese comercio, por otra parte, favoreció la formación de unas clases sociales altas enriquecidas que encumbraron un Sumo Sacerdocio al amparo del

²⁴ Para este epígrafe nos hemos basado en: BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, José María, *El nacimiento del Cristianismo*, Madrid, Síntesis, 1990; y SUÁREZ BILBAO, Fernando, *De Jerusalem a Roma. La historia del judaísmo al cristianismo (de 272 a. C. a 392 d. C.)*, Madrid, Ariel, 2006.

Templo²⁵ que adquirió gran prestigio y poder sobre el culto religioso, y que estableció unos requisitos para pertenecer a la comunidad judía –observancia del calendario de fiestas, de los preceptos sobre los alimentos y la pureza, y el matrimonio, entre otros– muy estrictos. No obstante lo anterior, simultáneamente se conformó una aristocracia judía laica más aperturista que las capas religiosas, lo que terminó desembocando en algún conflicto interno.

En cuanto a la estructura socioeconómica palestina, podemos distinguir tres estratos sociales: una nobleza sacerdotal que regía la mayor parte del comercio y la explotación de tierras; pequeños comerciantes, artesanos y muchos sacerdotes; finalmente, un gran número de pobres: jornaleros, esclavos, libertos, etc. Las constantes guerras y conflictos supusieron mucha miseria para la mayor parte de la población, lo que queda reflejado en la Biblia. El primer estrato proveía de miembros al Sanedrín, organismo administrativo y jurídico. La economía se fundamentaba en la agricultura y la ganadería, y, en menor medida, en la artesanía y el transporte de mercancías, sobre todo por medio de caravanas (grandes rutas comerciales confluían en la zona). Los cálculos de población hablan de 700.000 habitantes en Palestina en esta época.

Todo ello se plasma en la novela, como pone de relieve el siguiente diálogo entre Pomponio Flato y Zacarías, primo de María y José:

- ¿Es tu primera visita a Israel, Pomponio? -preguntó cortésmente Zacarías para romper el silencio.

- En efecto -respondí-, y me parece un lugar muy agradable.

- ¿Agradable? No. Es la tierra prometida, amigo gentil. ¡La Tierra Prometida! Lo malo es que nadie sabe en qué consiste la promesa ni cuándo se cumplirá. Y mientras tanto, va pasando el tiempo y vamos perdiendo paulatinamente la esperanza. La gente joven se impacienta. Unos emigran a Roma, bien a la metrópolis, bien a las provincias más ricas, y allí abjuran del dios de sus antepasados y ofrecen sacrificios a los ídolos, procuran por todos los medios asimilarse a la gentilidad y se avergüenzan de su pueblo y de su nariz. Otros se quedan de mala gana y quieren resolver los problemas por su cuenta y sin tardanza, en vez de esperar al Mesías, que lo arreglará todo en un decir amén (págs. 122-123).

5.2.- Aparición de Roma en escena

Después de las Guerras Púnicas que entregaron el Mediterráneo a Roma, ésta comenzó a mirar hacia el oriente más allá de Grecia y fijó su objetivo en algunas de las regiones más ricas de esa parte del mundo. Sin embargo, el desgaste bélico y económico de las diversas campañas y algunos asuntos internos harían mella momentáneamente en la potencia romana. Así, tras algunos signos de debilidad mostrados por Roma a finales del

²⁵ El Templo, centro primordial para la creencia judía, fue edificado por Salomón en Jerusalén en el siglo X a. C. y destruido por primera vez por Nabucodonosor II en 587 a. C.

siglo II a. C., ciertos reinos periféricos trataron de poner en riesgo su poder, siendo Mitrídates VI del Ponto quien lo hizo con más vehemencia. Vencido finalmente por Pompeyo –tras los conflictos de Mario y Sila, la destrucción de Delos, las revueltas de esclavos y la limpieza de los numerosos focos de piratería del Mediterráneo, todo ello ya en el siglo I–, éste quedó como árbitro único de la situación de la zona, salvaguardando los intereses económicos (aunque también políticos) de Roma, y plegado a los intereses de las empresas públicas, sus capitales y sus funcionarios. El arbitraje de Pompeyo estableció que Israel fuera uno de los protectorados vasallos de Roma. Pero no todo quedó aquí porque Pompeyo entró finalmente en Jerusalén y profanó el Templo, lo que enervó mucho a la comunidad judía, semilla de posteriores revueltas y resistencia contra los romanos.

El mando militar en la zona fue conferido a Antipas, árabe, aliado pompeyano en la reacción contra las revueltas y de Roma en la guerra contra los partos, que se habían convertido en la nueva amenaza oriental. Antipas se alió con Roma y con Craso, pero éste cayó estrepitosamente en Carras, lo que dejó a Pompeyo y a César (superado ya el primer triunvirato) como los únicos gobernantes del imperio, pero sin estar dispuestos a gestionarlo en común. El árabe siguió siendo fiel al bando pompeyano lo que le reportó, eliminados por Roma los posibles rivales, el control político total sobre Palestina. Por estas fechas, César llegó a Egipto, muerto ya Pompeyo, y se dirigió al Ponto a combatir a Farnaces atravesando Palestina. Ésta quedaba con separación entre autoridad religiosa, Hicarno, y autoridad política, Antipas (quien con el amparo de Roma, estableció como hereditario su poder), pero integrada en el Imperio como una región más, y con la concesión de *religio licita* al judaísmo–Roma permitía que una religión ajena al politeísmo latino fuera practicada en un contexto geográfico específico– otorgada por Julio César para todos los judíos, dentro y fuera de Israel, en el año 48 a. C. Antipas repartió el gobierno de las diferentes regiones entre Herodes y Fassael, sus hijos, que comenzaron a conducirse en su desempeño del gobierno de manera despótica, bajo el paraguas romano, lo que provocó aún más hostilidades que también se apoyaban en la inestabilidad del Imperio tras el asesinato de César. La principal consecuencia de todo esto fue también el envenenamiento de Antipas. Herodes –llamado luego el Grande– sucedió a su padre a la vez que buscaba el apoyo romano de Marco Antonio, al mando de la zona en el reparto del II triunvirato tras el asesinato de César.

Después de un ataque parto en coordinación con exiliados palestinos que tomó Jerusalén, Herodes acudió a Roma a pedir ayuda y Octavio y Marco Antonio –Lépido ya había caído–, una vez repartido el Imperio, decidieron reponer a Herodes en el trono para

fortalecer la frontera con los partos. Herodes se había salido con la suya, más aún cuando Jerusalén fue recuperada. Con todo, no fue un rey muy popular por sus devaneos paganos debidos a su sumisión a Roma y su particular forma de entender el gobierno. “El poder se asentaba ahora sobre cuatro fundamentos esenciales. [...] la crueldad, [...] la acumulación de riquezas, [...] la amistad de los poderosos de Roma, [...] y las reclutas militares que le permitieron disponer de un ejército.”²⁶ A principios de la década de los 30 a. C., Herodes gobernaba Israel con suficiencia aunque en el horizonte se alzaba otra vez la egipcia Cleopatra, apoyada de nuevo en su matrimonio con Marco Antonio, la cual pretendía anexionar a Egipto varios reinos al norte, entre ellos el israelí. Cuando los esposos se suicidaron derrotados por Octavio, Herodes se presentó ante éste como una víctima más del expansionismo egipcio y ofreció su colaboración al nuevo dueño de Roma. El futuro Augusto lo confirmó en su cargo, en el que residiría cuatro décadas. En este contexto se produjo el nacimiento de Jesús; Herodes moría el año 4 a. C., tras haber librado una batalla sorda por el poder con su hijo Antípatro.

Por aquel entonces, en los años del nacimiento de Jesús y bajo el principado de Augusto, fundamentalmente se dan tres posiciones en Israel frente a la dominación romana: la de los partidarios de Herodes, que pretendían mantener el *status quo* para salvaguardar su elevada posición; la de los saduceos, más fieles al judaísmo pero cediendo en lo necesario para seguir teniendo su cuota de influencia; y la de los fariseos, más ortodoxos y minuciosos en el cumplimiento de los preceptos, hasta el punto de dar más importancia a las formas que al fundamento teológico de su religión. Además había grupos más violentos más tendentes a la resistencia armada, como los celotas. A la muerte de Herodes el Grande, Roma dispuso dividir los territorios entre su tres hijos pero una serie de revueltas sociales y otros acontecimientos como la desaparición de uno de éstos, determinó a Roma a tomar el mando político y militar directamente, quedando la zona bajo un procurador romano (un puesto que con el tiempo ostentaría Poncio Pilato), aunque con el gobierno subalterno de ciertas regiones desempeñado por los restantes hijos de Herodes el Grande, Filippo y Herodes Antipas. Es en este momento en el que se sitúa la “vida pública” de Jesús.

Veamos al respecto una clarificadora intervención de María, madre de Jesús, hablando con Pomponio:

²⁶ SUÁREZ BILBAO, Fernando., *op. cit.*, págs. 223-224.

Siempre ha habido opositores a la presencia romana, como antes los hubo contra Nabucodonosor. Los actuales consideran a Herodes un títere de Augusto, en lo que llevan razón, y sueñan con recobrar una independencia que sólo existe en dudosas crónicas e incluso con recobrar la gloria legendaria del rey Salomón, su Templo y sus minas. Hasta ahora no ha pasado nada irremediable: son pocos y no tienen medios. Pero las cosas están cambiando. Herodes Antipas no es como su padre, Herodes el Grande, por quien no siento ninguna simpatía, pero a quien reconozco cualidades de hombre de Estado. Gobernó con mano firme, no se detuvo ante nada. Su hijo es lo contrario: débil de carácter, depravado y timorato, cree que sus hermanos conspiran para arrebatarse el reino, vive pendiente de las conjuras de palacio, sólo escucha a los aduladores, a los delatores y a los espías y no desdeña recurrir al asesinato. A su sombra, cortesanos venales rigen el país en beneficio propio. Suben los tributos, suben los precios, cada día hay más pobres, los descontentos ya son legión. Tierra fértil para la semilla de la rebelión. Si estalla, no faltará ayuda externa; siempre hay poderes dispuestos a invertir en la violencia ajena. El resultado sólo es uno: la ruina del pueblo judío (págs. 91-92).

Todo este convulso y fraccionado panorama es el que se nos pinta parcialmente en *El asombroso viaje...*, en el que observamos a personajes de diversas procedencias, culturas y religiones conviviendo en una tierra y en un tiempo crucial. Y esa mezcla de acciones y seres humanos es la que Mendoza pone encima de su tablero narrativo para parodiarla y satirizarla con el fin, quizá, de transponerla al mundo actual y hacer ver que las cosas tampoco han cambiado tanto.

6.- Influencias de la tradición clásica en la novela

6.1.- Influencias mitológicas

Como no podía ser de otra manera en una novela ambientada en la antigüedad (greco-)latina, a lo largo del relato aparecen gran cantidad de referencias mitológicas. Seguidamente y habida cuenta de la temática general del Máster en el que se encuadra el presente trabajo, incluiremos ahora esas referencias mitográficas en nota al pie, aunque no se valoren en profundidad ni se estudien las distintas variaciones del mito utilizados por Mendoza.

Así pues, encontramos a Saturno, “También los dioses se comen los unos a los otros. No con frecuencia, bien es verdad. Que yo sepa, sólo Saturno se come o se comió a sus hijos.”, (págs. 30-31), rememorando el episodio en el que devora a sus hijos por el temor de aquel a que estos le arrebataran su poder supremo, situación que habrá de remediar la estratagema de Júpiter urdida junto con su madre Rea para acabar con esa situación.²⁷

Se menciona el mundo de los muertos, adonde ha ido a parar Epulón tras su presunto asesinato, del cual nadie ha regresado excepto Orfeo, Ulises y Alcestris:

²⁷ Hes., *Th*, 160-211; Apollod., *Bibliotheca*, I, 2, 1 y ss.

- En tal caso, [habla Pomponio] tendrás conocimiento del nefando suceso que llevó a Epulón, a través del río de los Llantos, al lugar del que nadie ha regresado.
- Salvo Orfeo -dice Filipo.
- Bueno, sí.
- Y también Ulises, el hábil varón que en su largo extravío visitó el lugar donde moran los muertos. Y Alcestis, a quien Heracles rescató de la morada de Hades (pág. 40).

En efecto, el primero penetra en el inframundo para recuperar a su esposa Eurídice, favor obtenido gracias a las dotes musicales de Orfeo con las que logró el visto bueno de Perséfone, aunque finalmente Eurídice, por una indiscreción de su marido no vuelve con éste²⁸; Ulises, en su periplo de regreso a su reino de Ítaca, es enviado por la hechicera Circe a los infiernos a consultar al adivino Tiresias acerca de cómo será su viaje de vuelta y, estando allí, conversa con varios compañeros y guerreros e incluso con su madre, volviendo luego a la tierra para continuar su navegación²⁹; y Alcestis, a la que rescató de los infiernos el propio Heracles para devolvérsela a su marido Admeto, quien no pudo evitar el sacrificio de aquella³⁰. En la parte final de la novela torna a mencionarse la historia de Orfeo y Eurídice, ya que el niño Jesús afirma que ha descendido a los infiernos a rescatar y resucitar a su amada Lalita (con la que previamente había afirmado que se casaría en el futuro), hija de Zara (págs. 181-182). Pomponio Flato trata de dar una respuesta pragmática a ese hecho, pensando que antes, al descubrir los cadáveres de Zara y de Lalita, sólo la primera había sido asesinada y la hija se había salvado, pero Jesús reafirma su relato de que la ha vuelto a la vida desde el inframundo, en lo que para los lectores constituiría el primer milagro de Jesús en su vida³¹. Además, para redondear el guiño que hace Mendoza aquí al futuro cristianismo, Lalita, interpelada por Pomponio Flato, afirma que se va a trasladar a Magdala, población cercana, donde reside un familiar suyo con quien habrá de criarse hasta llegar a la edad adulta y poder ganarse el sustento con la profesión de su madre tras haber cambiado de nombre. Es esta una clarísima referencia al personaje de María Magdalena, una pecadora pública según el Nuevo Testamento que Jesús acogerá en su círculo y a la que tratará con especial atención (págs. 182-183).

²⁸ Apollod., *Bibliotheca*, I, 3, 2; Ou., *Met.*, X, 1-64; Hig., *Fab.*, 164.

²⁹ *Od.*, XI.

³⁰ E., *Alc.*; Apollod., *Bibliotheca*, I, 9, 15; Hig., *Fab.*, 51.

³¹ Un segundo milagro realizado por Jesús sería la curación de las afecciones intestinales que pronostica el niño a Pomponio Flato y que se produce justo al final de la narración; Jesús sabe que el romano ha renunciado al salario convenido al principio por la resolución del caso y le concede la gracia de la salud en recompensa a sus servicios. Estas dos escenas conformarían una nueva parodia de ese futuro ministerio de Jesús, ya que en su vida pública los prodigios con mayor repercusión que llevará a cabo el nazareno serán las curaciones de enfermos y resurrecciones como la de Lázaro de Betania.

También se menciona a Titonio (hermano del rey troyano Príamo), para el cual obtuvo la inmortalidad Eos-Aurora, quien se había enamorado de él, aunque ésta olvidó pedir también para él la eterna juventud y Titonio se convirtió en un ser terriblemente anciano³². Así:

[...] ya que viví tan de cerca el suceso que no lo olvidaría aunque viviera tantos años como el infortunado Titonio, al cual, por el amor de Eos, diosa de la Aurora, Zeus concedió la inmortalidad, mas habiendo ella olvidado pedir también para su amado el don de la eterna juventud, fue envejeciendo hasta acabar convertido en una verdadera ruina (pág. 41).

Esa relación entre Titonio y Aurora vuelve a aparecer unos capítulos más adelante como referencia temporal, en una alusión al amanecer –pág. 131–. Dicha marca temporal a la Aurora se repite varias veces en la obra; por ejemplo: “Cenemos, descansemos y mañana, cuando la Aurora extienda su rosado manto, [...]”, pág. 170, y también págs. 42, 87, 96, 147, 164 y 178. Se trataría de una equivalencia, muy usada por Mendoza en la novela, a una fórmula homérica como ῥοδοδάκτυλος Ἥως, “la aurora de dedos rosados” (vid. epígrafe 6.3, pág. 46).

Y seguidamente se habla de Endimión³³, dormido para siempre en una cueva con un sueño provocado por la Luna quien, habiéndose enamorado de él, de este modo pudo permanecer eternamente junto a él: “A diferencia de Endimión, de quien se enamoró la Luna y lo mantuvo dormido pero eternamente joven.”, (pág. 41).

Los dioses del Olimpo en general, como grupo divino, son nombrados en diferentes pasajes como cuando en el capítulo V se habla de ellos y sus múltiples transformaciones antropomórficas para conseguir diversos favores e imponer su voluntad a los mortales:

Los dioses del Olimpo, sin ir más lejos, cuando han de dar consejos o hacer advertencias a los mortales o entablar contacto con ellos por cualquier otra causa, adoptan formas humanas, cuando no de animales u objetos, y de este modo consiguen sus propósitos, no siempre educativos, sin llamar la atención (pág. 49).

Igualmente se hace mención de divinidades o de seres de menor entidad como las lamias³⁴ que atormentan a Pomponio con algunas pesadillas en sueños poco reparadores debido a su precaria salud y situación personal: “[...] tu presencia, oh ninfa de hermosos cabellos, ha ahuyentado a los malos espíritus o lamias que me acosaban.”, (págs. 77-78). También relacionado con algún otro pasaje de este tipo, sobre el descanso nocturno del personaje principal, sale a colación el nombre de Morfeo, un dios –que parece ser tardío en

³² Hes., *Th.* 984; Apollod., *Bibliotheca*, III, 12, 3; Hig., *Fab.*

³³ Apollod., *Bibliotheca*, I, 7, 5; Hig., *Fab.*, 271.

³⁴ A. R., *Arg.*, IV, 828.

su concepción—, que regía y enviaba los sueños a los hombres³⁵. “- Por Marte, Pomponio, debes de ser el único que ignora lo sucedido anoche, bien por estar en brazos de Morfeo, bien en otros brazos, reparadores de ansias más profundas.”, (pág. 88)

En otro pasaje se hace una comparación entre la relación educativa de Pomponio Flato y Jesús, por un lado, y el centauro Quirón y Aquiles por otro, “[...], pues bien sabido que el propio Aquiles aprendió el arte de la caza del centauro Quirón, pero, en mi caso particular, no se me ocurre de qué modo puedo ayudar a tu hijo.”, (pág. 93), en el sentido de que una persona ajena a los orígenes de Aquiles lo instruyó en diversas disciplinas, pues Quirón, por su naturaleza, hijo de Filira y Crono, era un ser de sabiduría y bondad³⁶.

En otro punto también se compara a Mateo, hijo de Epulón, con Diomedes³⁷, el atrevido y valiente caudillo del bando aqueo en la Guerra de Troya que se condujo en la misma con gran ardor provocando muchas bajas entre los troyanos: “Y yo no traería a colación este asunto trivial si no afectara al buen nombre de tu hijo Mateo, por su intrepidez en todo semejante al glorioso y magnánimo Diomedes.”, (pág. 99). Dicha comparación se sustenta en la posible participación de Mateo en las revueltas judías contra las autoridades romanas.

Por otro lado, cuando Filippo acoge a Pomponio Flato en su cuarto de la villa de Epulón para entrevistarse con él, el griego, para justificar su buen trato hacia el romano, alude a la hospitalidad desplegada por la princesa Nausícaa y su padre Alcínoo³⁸ al encontrarse con Ulises y acogerlo en su corte, quien había llegado a las costas feacias tras su naufragio: “Antes, permíteme ofrecerte un refrigerio en mi propio aposento como muestra de amistad, como hizo Alcínoo, varón de inspirados consejos, con el ínclito Ulises cuando éste, arrojado a la playa, desnudo y exánime, fue hallado por Nausícaa, etcétera, etcétera.”, (pág. 104). En este punto también, en la descripción de la estancia de Filippo, se nombra un pequeño altar de Minerva —debería haber sido de Atenea, pues Filippo es griego— que utiliza para honrar a la diosa con pequeñas ofrendas.

No obstante todo lo anterior, quizá uno de los elementos mitológicos más importantes que se da en la novela sea la aparición en su final del mismísimo dios Apolo revelando así su verdadera identidad como ser divino tras haber desfilado en la narración como Filippo, el primer sirviente del desaparecido Epulón:

³⁵ Ou., *Met.*, XI, 635-670.

³⁶ *Il.*, XI, 832; Apollod., *Bibliotheca*, I, 2, 4; III, 13, 5; Ou., *Fast.*, X, 384; 413.

³⁷ *Il.*, II, 559-568; IV, 365-421; V, 1-26; 84 y ss.; X, 177-579; XXIII, 262-652; 789-825; Apollod., *Bibliotheca*, I, 8, 6 y ss.; III, 7, 2 y 3; 10, 8; Hig., *Fab.*, 97; 98; 108; 113; 175.

³⁸ *Od.*, VI.

- ¿Quién eres tú [pregunta Pomponio] y por qué vienes a arrancarme de mi melancolía? ¿No serás por ventura el Mesías, de quien tanto he oído hablar últimamente?

A lo que respondió la luminosa aparición:

- ¿El Mesías? ¿Has perdido el juicio, Pomponio, y ya no reconoces a tus propios dioses?

Retiré las manos de los ojos y contemplé un rostro juvenil y risueño, a un tiempo familiar y temible.

- ¡Filipo! -exclamé-. ¿Es posible que seas tú quien ahora se me presenta bajo esta imagen divina?

- Mi nombre no es Filipo ni soy quien tú crees -respondió-. En realidad soy el divino Apolo, el que hiere de lejos, [...] (págs. 178-179).

De esta manera Apolo, antes Filipo, se le muestra a Pomponio Flato para desentrañar algunos puntos que habían quedado irresolutos en la falsa muerte de su fingido amo; así, el “luminoso Febo”, (pág. 179), explica que adoptó forma humana para castigar al bandido Teo Balas, identidad real del adinerado Epulón, que fue él en persona el que auxilió al propio Pomponio Flato en varias ocasiones, como cuando lleva a Lázaro mediante un veloz viento a solicitar socorro a la ciudad³⁹, cuando advirtió a Liviano Malio para que llegara Nazaret con sus tropas a sofocar la rebelión judía o al exigir, de nuevo al criminal Balas, una confesión manuscrita que exculpará a José y aclarará definitivamente el caso. En el diálogo que mantienen Apolo-Filipo y Pomponio Flato, el primero hace además varias referencias mitológicas como la construcción por su parte de las murallas de Troya para su rey Laomedonte⁴⁰: “Yo construí para Laomedonte, rey de Troya, las murallas inexpugnables de su famosa ciudad.”, (pág. 179), la referencia a la diosa Gaia –es decir, Gea⁴¹, personificación de la Tierra, de la que descienden todas las razas divinas, y a quien el novelista le adjudica el ser la madre también de los sueños, para que enviase pesadillas desagradables y premonitorias al criminal Balas (“Entonces pedí ayuda a Gaia, señora de los sueños nocturnos, y ella le envió las visitaciones que le turbaron e impulsaron a volver a los caminos, donde espero atraparlo algún día.”, pág. 179), la transformación del cadáver de Zara en un laurel (una referencia a la leyenda de Apolo y la ninfa Dafne⁴², transformada en laurel, planta favorita de ese dios), a la puerta de su casa para honrar su memoria y perpetuar su recuerdo (“En compensación, la transformé en este laurel que ahora mece sus delicadas ramas junto a la puerta.”, pág. 180), el posible envío en persecución de Balas de las vengativas y terribles Erinias⁴³, para que no tenga descanso

³⁹ Este pasaje retrotraería remotamente al episodio narrado en el canto III de la *Iliada*, vv. 373-384, en el que Paris, a punto de perecer a manos Menelao en su combate singular por Helena, es puesto a salvo por la diosa Afrodita, quien le envía una especie de bruma que lleva al príncipe troyano del campo de batalla al palacio real, sin que ningún mortal que está contemplando el combate acierte a comprender qué ha sucedido.

⁴⁰ *Il.*, VI, 23; XX, 237; XXI, 441-457; Apollod., *Bibliotheca*, II, 6, 4; III, 12, 3 y 8; Ou., *Met.*, XI, 696.

⁴¹ Hes., *Th.*, 116-617; Apollod., *Bibliotheca*, I, 1, 1 y ss.; I, 5, 2; II, 1, 2.

⁴² Ou., *Met.*, I, 452-583; Hig., *Fab.*, 203.

⁴³ Hes., *Th.*, 156-190; Apollod., *Bibliotheca*, I, 1, 4.

(“También di alcance a Teo Balas en su huida y le obligué a escribir una confesión de sus crímenes bajo amenaza de lanzar en su persecución a las lúgubres Erinnias.”, pág. 180), y la intervención final en la que afirma que se retira, una vez acabada su labor en Palestina, al territorio de los hiperbóreos⁴⁴, pueblo fabuloso, adorador de Apolo, que habitaba en el lejano e inhóspito norte (“Y ahora, me voy al lugar donde moran los Hiperbóreos, lejos por igual de los hombres y de los dioses, porque ni siquiera a los inmortales nos es permitido malgastar el tiempo.”, pág. 180).

Todo ello lo relata Apolo en una intervención final que restablece parte del orden perdido y que constituye una especie de aparición divina como si se tratase de un *deus ex machina*, en un recurso teatral perfectamente conocido por Mendoza, quien también se ha desempeñado como dramaturgo, y que le sirve para resolver definitivamente algunos puntos oscuros en el caso detectivesco central de la novela y para, literariamente, reprendre a su propio personaje de Pomponio Flato, quien durante toda la obra ha negado la existencia de los dioses y que en este punto final se encuentra con uno de ellos, el cual, además, lo ha estado protegiendo personalmente y le proporciona algunas claves finales de la investigación que de otra manera habrían permanecido opacas. Ni en un aspecto como este prescinde Mendoza del humor, la ironía y la parodia, caricaturizando a sus mismos personajes dentro del propio hilo argumental.

6.2- Influencias filosóficas⁴⁵

Las referencias a las corrientes filosóficas de la antigüedad son igualmente notables a lo largo de la narración epistolar que Mendoza pone en boca de Pomponio Flato, quien, además, se presenta ante el lector como un experto en la amalgama de escuelas de pensamiento que surgieron en el mundo antiguo, sobre todo en el ámbito griego, y que habrán de dominar luego hasta nuestros días la concepción antropológica y cosmológica del ser humano. Pomponio Flato, como él mismo afirma en el relato es estudioso de la naturaleza y de las leyes que la rigen, un seguidor de la física aristotélica (“Por otra parte, aunque no oculto mi inclinación por la filosofía, sólo soy un estudioso de las leyes de la Naturaleza, lo que Aristóteles denomina un fisiólogo.”, pág. 30), de la φύσις, un fisiólogo, que observa el mundo y trata de deducir leyes generales aplicables a otros aspectos.

⁴⁴ Hdt., IV, 32; Plin., HN, IV, 12, 188.

⁴⁵ Para este epígrafe seguimos fundamentalmente dos obras: HOWATSON, Margaret. C., *Diccionario abreviado de la Literatura clásica*, Madrid, Alianza, 1999, y URMSON, James Opie (bajo la dirección de), *Enciclopedia concisa de filosofía y filósofos*, Madrid, Cátedra, 1982.

Algunas de esas menciones a la filosofía antigua son las siguientes: en ocasiones se nombra el estoicismo o se tilda de estoico a algún personaje, como José, que se conduce de forma resignada y que acepta su destino tal como le viene (“El carpintero le dirigió una mirada cargada de estoicismo.”, pág. 30), sin hacerse más preguntas ni cuestionarse mucho más, casi en el sentido en que se utilizan esos términos hoy día, a partir de la escuela fundada en Atenas por Zenón de Citio que promulgaba la aceptación de la realidad y de los acontecimientos, la ἀταραξία, imperturbabilidad, ya que éstos se encontraban dispuestos por una razón divina superior, resultando inútil oponerse al destino. El personaje de José aceptando su condena y enfrentándose a su muerte en la cruz resultaría en este sentido paradigmático.

Volviendo sobre la figura de Pomponio Flato, como ya se ha mencionado, él mismo se declara un observador de la naturaleza, un fisiólogo, y un aficionado a la filosofía, más cercano al pensamiento de Aristóteles que al de Platón, como le declara a Jesús al poco de encontrarse:

Yo no creo en la justicia. La justicia es un concepto platónico. No sé si me entiendes: una idea, nada más. Por otra parte, aunque no oculto mi inclinación por la filosofía, sólo soy un estudioso de las leyes de la Naturaleza, lo que Aristóteles denomina un fisiólogo. Y si algo he aprendido es esto: que la Naturaleza no es justa ni la justicia es parte del orden natural. En el orden natural, al que pertenecemos todos, el animal fuerte se come al más débil (pág. 30).

Es decir, lo que los hombres entendemos y conocemos como “justicia” es sólo una abstracción que podemos percibir, conocer, pero que no es real y que está lejana, aunque participa de ella, del verdadero concepto de justicia que se encuentra en el mundo de las Ideas, en otro nivel diferente del mundo de las imágenes, los elementos imaginados en el que nos encontramos nosotros. En cambio, Aristóteles, que entre otras muchas disciplinas, cultivó la zoología y las ciencias naturales, no aprobaba esa dualidad de mundos sino que se fiaba más de los sentidos y del conocimiento proporcionado por la inteligencia de cada ser, estableciendo además los cimientos del método científico por medio de la aplicación de la lógica y la observación. Con todo, en la última frase de la citada intervención de Pomponio Flato se habla de un “orden natural”, de una ley de la naturaleza que será desarrollada por pensadores y estudiosos posteriores, por ejemplo por Tomás de Aquino y los escolásticos, fundiendo la metafísica aristotélica y la teología cristiana para obtener unos “principios fijos para la guía de la conducta humana que no están hechos por el

hombre, sino que son discernibles por la razón; [además] estos principios constituyen una ley natural por la que se debe juzgar toda ley hecha por el hombre.”⁴⁶

En otro momento de la narración, tras el terrible asesinato de la meretriz Zara y su hija Lalita, Pomponio Flato expone su teoría sobre la dualidad entre cuerpo y alma y la inmortalidad del hombre para intentar consolar a un Jesús apesadumbrado por la muerte de su pequeña amiga:

Sócrates estaba convencido de la inmortalidad del alma, así como Platón. Pero en esto, con toda humildad, disiento de tan grandes maestros, por las razones que a continuación expondré. Ante todo, partamos del supuesto de que el hombre se compone de dos partes bien diferenciadas, esto es, la materia y el espíritu, o, lo que es lo mismo, el cuerpo y el alma. El alma es lo que infunde vida al cuerpo, de tal modo que cuando lo abandona, el cuerpo deja de funcionar y decimos que el hombre a quien pertenecía ha muerto. En cambio el alma sí puede existir sin el cuerpo, como demuestra el hecho de que cuando el cuerpo está inanimado, ya cuando duerme, ya cuando por alguna otra causa ha perdido el conocimiento, el alma lo abandona y va a su antojo, liberada de toda atadura, [...]. A estas experiencias las llamamos sueños (pág. 120-121).

Flato parte de Sócrates⁴⁷ y Platón y de esa división entre parte inmortal (alma) y mortal (cuerpo) pero invierte un tanto los términos para concluir que el alma es de inferior categoría que el cuerpo porque necesita de éste para calmar su atribulada existencia cuando, por ejemplo durante el sueño, vive independiente de él; sólo un alma perfectamente unida a un cuerpo tiene una existencia plena y satisfactoria:

Por esta razón, muchos pueblos embalsaman y momifican a sus muertos, para que el alma no se vea del todo privada de él. Pues si bien el alma, por su capacidad, parece pertenecer al mismo orden natural que los dioses, en realidad es inferior al cuerpo, y está subordinada a él, y sólo con él consigue protección y sosiego. Por todo ello, no me parece lógico que los dioses nos hayan condenado a un suplicio semejante, y prefiero creer que una vez apurados los trabajos y sinsabores de esta vida, cuando nuestro cuerpo deje de sentir, el espíritu también encontrará su descanso regresando a la nada en la que estaba tan plácidamente antes de haber nacido (págs. 121-122).

En este punto, es necesario resaltar que en el mundo antiguo se había aceptado que entre el plano terrenal y el plano divino existían unos canales de comunicación y unas entidades comunicativas, transmisoras en ambas direcciones, que fueron identificadas y utilizadas tanto por paganos como por cristianos: “Prácticamente todo el mundo –paganos, judíos, cristianos y gnósticos– creía en la existencia de aquellos seres y en sus funciones de

⁴⁶ URMSON, James Opie, *op. cit.*, pág. 212.

⁴⁷ Sócrates es mencionado una vez más en la obra cuando Pomponio Flato, conversando con la viuda de Epulón, que le informa de que su hijo Mateo ha recibido una buena formación en Grecia, asegura que el joven habrá estudiado en Atenas o en Tebas, la tercera ciudad griega en importancia. Es de sobra conocido que las familias adineradas del Imperio, romanos o no, enviaban a sus hijos a completar y finalizar sus estudios y etapa formativa a grandes ciudades griegas o de tradición cultural helena. Es este pasaje Pomponio Flato nombra a un supuesto maestro de mucho prestigio y residente en Tebas, Fabulón el tracio, “en todo semejante a Sócrates” (pág. 100), añade; se trata de un nombre inventado por él para engañar a la viuda en su interrogatorio. Nótese que Mendoza construye el nombre del preceptor en clara referencia, por un lado, a que se trata de una invención, una patraña, un ardid para hacer caer en una mentira a la viuda, y, por otro, a que quizá lo que éste enseñaba tampoco era digno de tenerse en consideración por ser falso.

mediadores, aunque podía variar el nombre que se les atribuía: demonios, ángeles, eones o simplemente “espíritus” (πνεύματα).”⁴⁸ De la misma manera, se creía en la función adivinatoria y premonitoria de los sueños, y se desarrolló una cultura de la interpretación onírica que resultó transversal religiosa y socialmente.⁴⁹ Igualmente ocurrió, bajo cualquier credo, con profetas, médiums, intérpretes de lo sobrehumano, visionarios, etc., en una herencia que parece remontarse más allá de la época de penetración indoeuropea. Esta concepción queda perfectamente reflejada en la novela de Mendoza, en la que Pomponio Flato es molestado en dos ocasiones por un sueño (capítulos VIII, págs. 74-75, y XIV, págs. 131-133) en el que aparecen un cuervo y una zorra, un relato onírico que el romano le cuenta a la prostituta Zara, quien le interpreta el sueño: según ella, “tal vez yo te pueda ayudar a desentrañar su significado, pues poseo el don de interpretar los sueños heredado de mi madre, la cual lo heredó de la suya y así sucesivamente [...]” (pág. 79), cada uno de los animales representa la parte racional y la parte de las pasiones de Pomponio, y el debate que se produce en el interior de su persona entre ambas. De todas formas, la cortesana también le indica que no sabe qué quiere decir exactamente, cuál es el mensaje preciso ya que éste sólo quedará claro cuando las divinidades quieran que lo sea. A lo que hay que sumar el hecho de que Pomponio se refiera a estas vivencias del subconsciente como “un sueño de hermético significado.”, (pág. 78); esta calificación constituye una nueva alusión filosófica y literaria ya que con este adjetivo el romano hace referencia a Hermes Trismegisto (en griego, “tres veces el más grande”), nombre dado por los neoplatónicos y los devotos del misticismo y la alquimia a la divinidad egipcia Tot, equiparado a su vez al propio Hermes griego. Ese dios egipcio era

“el padre y protector de todo conocimiento, a quien se atribuía la autoría, bajo ese nombre, de una colección de escritos religiosos y filosóficos griegos y latinos, que datan probablemente del siglo I al III d. C. El objetivo de esta enseñanza mística era la deificación de la humanidad mediante el conocimiento de Dios”⁵⁰,

por lo que se trataba de una práctica esencialmente esotérica. Además, hay que hacer notar igualmente que esos sueños se basan en una fábula atribuida a Esopo y que está protagonizada por un cuervo que ha robado un queso y una zorra que engaña al pájaro para hacerse con el dicho queso (Κόραξ καὶ ἀλώπηξ, CHAMBRY, Émile, *Aesopi fabulae*, París, Les Belles Lettres, 1925, 165). También aquí el cuervo representaría al ser que se deja

⁴⁸ DODDS, Eric Robertson, *Paganos y cristianos en una época de angustia. Algunos aspectos de la experiencia religiosa desde Marco Aurelio a Constantino*, Madrid, Ed. Cristiandad, 1975, pág. 62.

⁴⁹ Vid., por ejemplo, el famoso episodio del *Somnium Scipionis* relatado por Cicerón en su *De republica*, VI, 9-29.

⁵⁰ HOWATSON, Margaret. C. *op. cit.*, pág. 363.

llevar irreflexivamente por la pasión y que se rinde a la adulación, mientras que la zorra sería una metáfora de la astucia y la inteligencia a aplicar para conseguir los objetivos fijados.

La última mención a la filosofía grecolatina aparece en un diálogo entre Pomponio Flato y Jesús en el que el primero reprocha al niño haber escuchado sin permiso una conversación entre los hijos de Epulón:

- No me reprendas, *raboni*, mi intención no era espiar. Además, Yahvé es el primero en espiar, pues conoce todos nuestros actos y nuestros pensamientos.

- Yahvé no sabe nada de nada, y tú eres un maldito sofista –respondí– (pág. 108).

Con esa calificación, el romano tacha a Jesús de charlatán, comparándolo con una persona que sabe de muchos temas y que vagaba de ciudad en ciudad exhibiendo sus cualidades retóricas sin mayor pretensión que el lucimiento personal y el de su elocuencia, al modo de este tipo de expertos en oratoria que pululaban por las principales ciudades griegas alrededor del siglo V a. C.

Todo lo anterior, junto con una intervención posterior en la que Pomponio Flato afirma que los mitos son sólo “una fábula [...] una mentira insustancial, inventada por poetas para entretener a la plebe”, (pág. 50), y, en consecuencia “un filósofo [incluyéndose él mismo en esta categoría] no debe prestarles atención. Ni tú tampoco [dirigiéndose a Jesús]”, (pág. 50), constituye la mentalidad del protagonista y que se destila a lo largo de toda la obra: él es un filósofo, un fisiólogo, un hombre de ciencia en suma, y no puede fundamentar su vida en la fe y en los dioses, sean cuales sean, porque ni cree en ellos ni, directamente, éstos existen. Ese es uno de los temas que sobrevuelan toda la narración, el conflicto entre fe y ateísmo, entre las creencias y lo demostrado mediante la observación y la comprobación. Así se condensa en una conversación entre Zacarías, primo de José y un ferviente judío, y Pomponio Flato; el primero acaba de citar un pasaje de las Escrituras y el romano le pide una explicación de su significado ya que no termina de entenderlo:

- Sólo le es dado entender la palabra de Dios al que tiene la fe de la que tú careces. Cree, sin embargo, que no mentí cuando dije que el Mesías estaba más cerca de lo que muchos imaginan.

- Está bien –dije–, no discutiré tus creencias. Pero luego no te burles de mí cuando menciono un río que vuelve a las vacas blancas (pág. 177).⁵¹

Pero incluso este enjundioso tema es tratado por Mendoza con humor para llevar a cabo una parodia del mismo. En efecto, el propio protagonista, no creyente, hace numerosas referencias a los dioses grecolatinos para, entre otras cosas, ganarse su favor en

⁵¹ Referencia a Plinio el Viejo, *vid.* nota 57 y epígrafe 6.3, págs. 43 y ss.

la resolución del caso, e invoca en varias ocasiones a la diosa Fortuna para que le conduzca correctamente en sus averiguaciones; por ejemplo: “Tienes razón [dirigiéndose al mendigo Lázaro]. Habremos de confiar nuevamente en la mudable Fortuna.” (pág. 135). Además, es necesario señalar que el propio Pomponio lleva a cabo sus averiguaciones en compañía de Jesús, el Mesías, y que, como ya se ha visto, el mismísimo Apolo se le aparece para socorrerle en la resolución del caso y le comunica que ha estado protegiéndolo porque el romano es un ser errante bajo cuyo cuidado divino se encuentra. En consecuencia, al final de la novela queda demostrada la existencia de los dioses, un hecho contra el que Pomponio Flato había estado luchando desde el comienzo con las únicas armas de la razón y la filosofía, quedando así de manifiesto de nuevo la mediocridad del protagonista como héroe y su derrota en este aspecto, como otros más⁵².

6.3- Influencias literarias y culturales del mundo antiguo

En ese contexto del Mediterráneo oriental situado en el cambio de era y siendo su protagonista un fisiólogo versado en filosofía y en los principales autores de la antigüedad grecorromana, encontramos en *El asombroso viaje...* gran cantidad de motivos que hacen alusión a ese mundo desde el punto de vista literario en particular y cultural en general. Algunos de ellos son: una referencia a las ovejas en Aristóteles, “Las cabras, Fabio, pertenecen, por la natural disposición de sus partes, a la misma especie animal que las ovejas, pero en tanto que éstas son dóciles, tranquilas, timoratas y, al decir de Aristóteles, estúpidas, las cabras son rebeldes, fogosas, audaces y malintencionadas.”, (pág. 27), tomada de su *Περὶ τὰ ζῷα ἱστορίαι*, 610b 20: “Τό τε γὰρ τῶν προβάτων ἦθος, ὥσπερ λέγεται, εὐθηδες καὶ ἀνόητον· πάντων γὰρ τῶν τετραπόδων κάκιστόν ἐστι, [...]”, “en efecto, el carácter de las ovejas es, como suele decirse, simple y estúpido, pues de todos los cuadrúpedos son los peores, [...]”⁵³, una idea que el propio Plinio retoma también en su *Historia Naturalis*, VIII, 75: *quoniam stultissima animalium lanata*, “porque el ganado lanar es el más estúpido de los animales”⁵⁴.

⁵² Pomponio Flato no es un héroe triunfador: resuelve el caso para el que ha sido contratado, de manera indirecta, pero tampoco logra el respeto de sus conciudadanos, sólo de la familia de José; encuentra una persona a la que amar pero ésta muere asesinada; busca la eterna sabiduría en la naturaleza pero sólo halla el menoscabo de su salud y la mofa de los que lo rodean, etc.

⁵³ ARISTÓTELES, *Investigación sobre los animales*, traducción y notas de Julio Pallí Bonet, Madrid, Gredos, 1992.

⁵⁴ Traducción de Ignacio García Arribas; Plinio el Viejo, *Historia Natural, libros VII-XI*, traducción y notas de E. del Barrio Sanz, I. García Arribas, A. M^a. Moure Casas, L. A. Hernández Miguel, M^a. L. Arribas Hernández, Madrid, Gredos, 2003.

O bien a Teofrasto, discípulo y sucesor de Aristóteles, cuando Pomponio habla de “su magna obra”, pág. 44, refiriéndose quizá a su famosa Ἡθικοὶ χαρακτήρες, una colección de relatos sobre distintos tipos de personas. Igualmente, hablando de los dioses olímpicos y sus transformaciones para relacionarse con los seres humanos en diferentes formas, se dice: “Sobre estas metamorfosis, como las llamamos, un poeta romano ha publicado hace poco un libro entero.”, (pág. 49), en obvia referencia a las *Metamorfosis* de Ovidio, poema en 15 libros de estilo épico en los que se hace una revisión cronológica de esos episodios mitológicos que se sustentan en una transformación y que se publicó en los primeros años del siglo I d. C., poco antes del destierro del poeta, acaecido en el año 8. También se menciona la *Guerra de las Galias* de Julio César por parte del legionario Quadrato, cuya vida está basada exclusivamente en la milicia, en un pasaje de carácter escatológico en el que éste afirma, ante la imposibilidad de poder pagarse una prostituta: “Y como no había otra cosa disponible, opté por masturbarme leyendo la `Guerra de las Galias`.”, (pág. 117).⁵⁵

Más allá de los mencionados Sócrates, Platón y Aristóteles, aparecen de la mano de Pomponio Flato⁵⁶, nombres como Arquímedes, matemático –entre otras cosas– del siglo III a. C., a quien se atribuye la exclamación de “Eureka”, εὕρηκα, que el propio Pomponio pronuncia cuando cree haber dado con la clave de la muerte de Epulón: “¿Adónde ibas con tanta prisa? ¿Y por qué gritabas *eureka*?”, pág. 133; o Tales de Mileto, uno de los Siete Sabios de Grecia según la tradición que se sitúa *circa* 600 a. C. y desarrolló la ciencia a partir de la filosofía; o Estrabón, autor griego entre el siglo I a. C. y el I d. C. muy relacionado con Roma y consagrado a la geografía (igualmente en pág. 17: “La Historia Natural, a cuyo estudio me he consagrado siguiendo los pasos de Aristóteles y Estrabón [...].”). Todos ellos son puestos por Pomponio Flato como ejemplo de autores sabios y perfectamente escrupulosos con sus métodos de estudio y recogida de datos. También Hipócrates, “[...] que Hipócrates denomina *eructus magnus* [...]”, (pág. 24), famoso médico griego del siglo V a. C.; Cicerón, el gran orador, abogado y político romano del I a. C., “Cicerón menciona uno similar, al que llama *Occisus in biblioteca cum porta conclusa*.”, págs. 43-44; Parménides, filósofo griego de los siglos VI-V a. C., el más

⁵⁵ Quizá otra velada referencia a esta obra de Julio César como historiador la encontremos en el comienzo del capítulo III de la novela *mendociana*, iniciado con una descripción de la región de Palestina, “Palestina está dividida en cuatro partes: Idumea, Judea, Samaria y Galilea. Al otro lado del río Jordán...”, (pág. 19), que parece hacer un guiño al principio de la mencionada *Guerra de las Galias*: *Gallia est omnia divisa in partes tres, quarum unam incolunt Belgae, aliam...*

⁵⁶ “[...] ni Arquímedes, ni Tales de Mileto, ni Estrabón, en sus doctos tratados, habrían omitido por motivos estéticos esta incidencia.”, pág. 125.

importante de los presocráticos, y que, según la tradición, al final de su vida conoció a Sócrates, “Así lo afirma Parménides en un texto que, por desgracia, se ha perdido.”, pág. 132; y Heráclito, filósofo griego de Éfeso de los siglos VI-V a. C., “Heráclito reprueba nuestro afán por hacer que la realidad se adapte a nuestras expectativas”, pág. 182.

Pero de todas ellas, las referencias más importantes son a Plinio el Viejo, ya que Pomponio Flato es un seguidor suyo, fisiólogo como el naturalista romano del siglo I d. C. En efecto, Cayo Plinio Secundo, Plinio el Viejo, pretende con su *Naturalis Historia* escribir una enciclopedia que recoja todo el saber conocido, como él mismo dice en su prefacio, mediante el testimonio de infinidad de obras, autores y citas consultadas como fuentes fundamentales. Así, Plinio logra una obra magnífica que nos ha transmitido gran cantidad de información que de otro modo se nos habría hurtado para siempre, aunque quizá el objetivo final no se cumpla ya que faltan algunas materias esenciales que impiden lograr esa intención primera.

El propio Mendoza nos advierte en la nota final de la novela que ha usado algunos pasajes de la obra de Plinio para inspiración de la suya: Pomponio Flato va a la búsqueda de una serie de aguas, de fuentes naturales que otorgan la sabiduría a quien las bebe, por lo que va explorando territorios del imperio probando todos los manantiales de los que tiene noticia experimentando en su propio cuerpo los efectos que produce su ingestión. Como se nos dice en la nota, Plinio ya da noticia de ciertas fuentes que cambian el color de los animales⁵⁷: *Eudicus in Hestiaetide fontes duos tradit esse, Ceroneam ex quo bibentes oves nigras fieri, Nelea ex quo albas, ex utroque varias, Theophrastus Thuriis Crathim candorem facere, Sybarim nigritiam bubus ac pecori*⁵⁸; y un poco más adelante: *item in Macedonia qui velint sibi candida nasci ad Haliacmonem ducere, qui nigra aut fusca ad Axium*⁵⁹. O que encienden teas: [...] *Lycos in Indis Oratis fontem esse cuius aqua lucernae luceant. Idem Ectabanis traditur*⁶⁰. O que agudizan los sentidos, algo parecido a lo que

⁵⁷ Vid. nota 51.

⁵⁸ *Historia Naturalis*, XXXI, 13. “Eudico [autor desconocido] cuenta que en Hestieótide [en la isla de Eubea] hay dos fuentes, la Cerona, que convierte en negras a las ovejas que beben de ella, y la Nelea, que las hace blancas; las ovejas que beben de ambas fuentes se hacen moteadas. Teofrasto dice que en Turios [en el golfo de Tarento], el río Cratis blanquea, mientras el Síbaris oscurece a los bueyes y demás ganado.” Traducción de Josefa Cantó en Plinio el viejo, *Historia Natural*, edición de J. Cantó, I. Gómez Santamaría, S. González Marín y E. Tarrío, Madrid, Cátedra, 2002.

⁵⁹ *Historia Naturalis*, XXXI, 14. “Del mismo modo, en Macedonia, los que quieren que les nazcan animales blancos, los llevan junto a la corriente del Haliacmón [hoy Vistrizta, que desemboca en el golfo de Salónica], los que los desean negros u oscuros, junto al Axio [hoy Vardar, en Macedonia].” Traducción de Josefa Cantó en Plinio el viejo, *Historia Natural*, edición de J. Cantó, I. Gómez Santamaría, S. González Marín y E. Tarrío, Madrid, Cátedra, 2002.

⁶⁰ *Historia Naturalis*, XXXI, 17. “[...] dice] Lyco [Lyco de Regio, historiador de los siglos IV-III a. C.], que entre los indios oratas [en el delta del Indo] hay una fuente con cuya agua alumbran los candiles; lo mismo se

pretende Pomponio Flato: *In Cilicia apud oppidum Cescum rivus fluit Nuus, ex quo bibentium subtiliores sensus fieri M. Varro tradit*⁶¹. O que proporcionan oráculos⁶², como Mendoza nos afirma al final de su obra: *in Cantabria fontes Tamarici in auguriis habentur. Tres sunt octonispedibus distantes, in unum alveum coeunt vasto amne*⁶³.

En esa nota final también Mendoza comenta cómo Plinio menciona, cuando se ocupa de temas antropológicos, grupos de hombres muy pequeños, en relación a que uno de esos seres se hubiera colado por un ventanuco de la biblioteca de Epulón para cerrarla por dentro y luego volver a salir: *super hos extrema in parte montium Trispithani Pygmaei que narrantur, ternas spithamas longitudine, hoc est ternos dodrantes, non excedentis, salubri caelo semperque vernante montibus ab aquilone oppositis*⁶⁴; o, en farmacología natural, de una planta somnífera muy potente llamada *halicacabon*, que sería la utilizada por Epulón/Teo Balas para sumirse en una especie de estado catatónico durante dos o tres días y fingir estar muerto, para luego despertar y escapar:

*Trychno, quam quidam strychnon scripsere, utinam nec coronarii in Aegypto uterentur, quos invitat hederæ foliorum similitudo in duobus eius generibus, quorum alterum, cui acini coccini, granosi in folliculis, halicacabon vocant, alii callion, nostri autem vesicariam quoniam vesicæ et calculis prosit*⁶⁵.

cuenta de Ecbatana [capital de los medos].” Traducción de Josefa Cantó en Plinio el viejo, *Historia Natural*, edición de J. Cantó, I. Gómez Santamaría, S. González Marín y E. Tarrío, Madrid, Cátedra, 2002.

⁶¹ *Historia Naturalis*, XXXI, 15. “En Cilicia, junto a la ciudad de Cescos, corre el arroyo Nuus; de él dice Varrón que los que beben de sus aguas ven cómo sus sentidos se hacen más sutiles.” Traducción de Josefa Cantó en Plinio el viejo, *Historia Natural*, edición de J. Cantó, I. Gómez Santamaría, S. González Marín y E. Tarrío, Madrid, Cátedra, 2002.

⁶² Así lo menciona Pomponio, que a su vez habla de que el poeta Lucrecio ya ha hablado del fenómeno: “También podría suceder, dijo, que se tratara de dos ríos distintos, [...] y en dirección opuesta, tan cálida que arden las cañas si se las sumerge. Este fenómeno no es único, pues ya Lucrecio [*De rerum natura*, VI, 1297-1341] lo describe y lo atribuye a la densidad de la tierra y los átomos de fuego que ésta desprende en la canícula. Pero lo más interesante de esta agua es que, según dicen, quien la bebe emite oráculos extraordinarios.”, pág. 185.

⁶³ *Historia Naturalis*, XXXI, 23. “Y en Cantabria las fuentes del Tamaris [el actual Tambre] se consideran portadoras de presagios; son tres, situadas a una distancia de ocho pies una de otra, y se reúnen en un único cauce formando un extenso río.” Traducción de Josefa Cantó en Plinio el viejo, *Historia Natural*, edición de J. Cantó, I. Gómez Santamaría, S. González Marín y E. Tarrío, Madrid, Cátedra, 2002.

⁶⁴ *Historia Naturalis*, VII, 26. “Se dice que, más allá de estos [los átomos, un pueblo de la India], en la parte más lejana de las montañas, están los trispítamos [en griego, “de tres palmos”] y los pigmeos, que no sobrepasan los tres palmos de altura, es decir, tres dodrantes, con un clima saludable y siempre primaveral, protegidos del aquilón por las montañas.” Traducción de E. del Barrio Sanz en Plinio el Viejo, *Historia Natural, libros VII-XI*, traducción y notas de E. del Barrio Sanz, I. García Arribas, A. M^a. Moure Casas, L. A. Hernández Miguel, M^a. L. Arribas Hernández, Madrid, Gredos, 2003.

⁶⁵ *Historia Naturalis*, XXI, 177. “El *trigno*, que algunos escriben como *strigno*, ojalá no lo usasen en Egipto los que hacen coronas, a quienes mueve la semejanza de las hojas de la hiedra con los tipos de aquél, de los cuales a uno, que tiene los granos del color del azafrán en los folículos, lo llaman *halicacabo*, otros *calión*, y los nuestros, *vesicaria* puesto que tiene provecho para la vejiga y los cálculos.”, en Plinio el Viejo, *Historia Natural trasladada y anotada por el doctor Francisco Hernández (libros primero a vigésimoquinto) y por Jerónimo de Huerta (libros vigésimosexto a trigésimoseptimo) y apéndice (libro séptimo capítulo LV)*, Madrid, Visor libros, 1999.

[...] *Quin et alterum genus, quod halicacabon vocant, soporiferum est atque etiam opio velocius ad mortem, ab aliis morion, eb aliis moly appellatum, laudatum vero a Diocle et Evenore, a Timaristo quidem etiam carmine, mira oblivione innocentiae, quippe praesentaneum remedium ad dentium mobiles firmandos, si colluerentur halicacabo in vino: exceptionem addidere ne diutius id fieret; delirationem enim gigni eodem*⁶⁶.

*Halicacabi radicem bibunt qui vaticinari gallantesque vere ad confirmandas superstitiones aspici se volunt. Remedio est -id enim libentius rettulerim- aqua copiosa mulsa calida potu. Nec illud praeteribo, aspidum naturae halicacabum in tantum adversum ut radice eius propius admota soporetur illa sopore enecans vis earum. Ergo trita ex oleo percussis auxiliatur*⁶⁷.

De igual manera, en las últimas páginas de la novela, Pomponio informa a su narratario Fabio de que, tras sus vivencias en Palestina, pretende seguir con sus indagaciones sobre las aguas con propiedades extraordinarias desde Cilicia, donde las había abandonado, pero vuelve a la zona de Italia, en concreto a Tergeste (actual Trieste) para, desde allí, regresar a esa zona de Asia Menor.⁶⁸ Sin embargo, durante la travesía en barco hacia su patria, el capitán le habla de unas curiosas aguas de la región de Germania y, finalmente, nuestro protagonista se dirige aquí: “Por fortuna, los habitantes del lugar son hospitalarios [...]. Son queruscos, de la estirpe de los vándalos, de costumbres sedentarias. Viven de la caza y de la guerra continua con otros pueblos, en especial los frisios, los treviros y los mediomátricos. Rinden culto a Thor⁶⁹, dios de las batallas, [...]”, pág. 186. De todo ello también encontramos referencias en Plinio el Viejo:

(99) [...] *Germanorum genera quinque: Vandili, quorum pars Burgodiones, Varinnae, Charini, Gutones. alterum genus Inguaeones, quorum pars Cimbri, Teutoni ac Chaucorum gentes.*(100) *proximi autem Rheno Istuaeones, quorum (...) Mediterranei Hermiones, quorum Suebi, Hermunduri, Chatti, Cherusci. quinta pars Peucini, Basternae, supra dictis contermini Dacis. amnes clari in oceanum defluunt Guthalus, Visculus sive Vistla, Albis, Visurgis, Amisis, Rhenus, Mosa. [...].* (101) *in Rheno autem ipso, prope C in longitudinem,*

⁶⁶ *Historia Naturalis*, XXI, 180. “La otra clase que llaman *halicacabo* es somnífera, lleva a la muerte más rápido que el opio, es denominada por unos morión, por otros *moli*, mas es alabada por Diocles [de Caristo, médico griego del siglo IV a. C.] y Evenor [personaje mítico nacido en la Atlántida], e incluso por Timaristo [autor desconocido] en un poema con admirable olvido de su inocuidad ya que es un remedio instantáneo para fortalecer los dientes que se mueven si se lava el *halicacabo* en vino. Añadieron una contraindicación, que no fuera utilizado por mucho tiempo pues provoca demencia.”, en Plinio el Viejo, *Historia Natural trasladada y anotada por el doctor Francisco Hernández (libros primero a vigésimoquinto) y por Jerónimo de Huerta (libros vigésimosexto a trigésimoseptimo) y apéndice (libro séptimo capítulo LV)*, Madrid, Visor libros, 1999.

⁶⁷ *Historia Naturalis*, XXI, 182. “Beben la raíz del *halicacabo* quienes, para confirmar sus adivinaciones, quieren ser vistos realmente en trance al hacer sus vaticinios. El remedio -pues esto lo voy a referir con mejor ánimo- es beber abundante agua con hidromiel caliente. Y no dejaré pasar esto, que el *halicacabo* es tan contraria a la naturaleza de las serpientes que llevada su raíz cerca de ellas su fuerza que mata al adormecer, se adormece. Por tanto, deshecha en aceite, ayuda a los heridos.”, en Plinio el Viejo, *Historia Natural trasladada y anotada por el doctor Francisco Hernández (libros primero a vigésimoquinto) y por Jerónimo de Huerta (libros vigésimosexto a trigésimoseptimo) y apéndice (libro séptimo capítulo LV)*, Madrid, Visor libros, 1999.

⁶⁸ Vid. Mapa del Apéndice 1.

⁶⁹ Dios celestial, de la ley y el orden en la religión germánica, que englobaría a los pueblos entre el Danubio, el Vístula y el Rin.

*nobilissima Batavorum insula et Cannenefatium et aliae Frisiorum, Chaucorum, Frisiavonum, Sturiorum, Marsaciorum, quae sternuntur inter Helinium ac Flevum*⁷⁰.

Y un poco más adelante: (106) *a Scaldi incolunt [texero] Texuandri [...]. introrsus Catoslugi, [...], Treveri liberi antea [...], Mediomatrici, [...]*.⁷¹

Por otro lado, Mendoza también se vale de algunos epítetos homéricos para caracterizar a diferentes personajes y que normalmente son formulados por el propio Pomponio. Así encontramos “la Aurora temprana de rosados dedos”, (pág. 42), que remite, por ejemplo, a ἤμος δ’ ἠριγένεια φάνη ροδοδάκτυλος Ἥως, *Odisea* II, 1; también referido a la hija de Epulón, “Berenice, de niveos brazos”, (pág. 55), aplicado a Nausícaa en αὐτὰρ Ναυσικαία λευκώλενος ἄλλ’ ἐνόησεν., *Odisea* VI, 251; o bien “Berenice, de sonrosadas mejillas”, (pág. 55), que califica a Briseida en ἐγὼ δέ κ’ ἄγω Βρισηΐδα καλλιπάρηον, *Ilíada* I, 184; igualmente con la meretriz “Zara de hermosos tobillos”, (pág. 81), que leemos en κούρη Μαρπήσσης καλλισφύρου Εὐηνίνης., *Odisea* IX, 557; o el usado en la novela como marca temporal, “Aurora de espléndido trono”, (págs. 87 o 96) como en αὐτίκα δ’ Ἥως ἦλθεν ἐύθρονος, *Odisea* VI, 48; o bien cuando Filipo compara su hospitalidad para con Pomponio con la de “Alcínoo, varón de inspirados consejos”, (pág. 104), Ἀλκίνοος δὲ τότε ἦρχε, θεῶν ἄπο μῆδεα εἰδώς., como en *Odisea*, VI, 12; de nuevo en boca de Filipo-Apolo: “Soy el divino Apolo, el que hiere de lejos”, (pág. 179), en ἀζόμενοι Διὸς υἱὸν ἐκηβόλον Ἀπόλλωνα, *Ilíada* I, 21, o igualmente “Zeus, que agrupa las nubes”, (pág. 179), τὴν δὲ μέγ’ ὀχθήσας προσέφη νεφεληγερέτα Ζεύς, *Ilíada*, I, 517. Y todo ello a la búsqueda de un registro de lenguaje elevado que recarga las intervenciones de los personajes a la vez que, desde el punto de vista de Mendoza, se vulgariza la lengua épica.

Además, se hacen distintas alusiones más o menos contemporáneas a personajes, costumbres o episodios importantes de la época en la que se sitúa la acción. De esa forma,

⁷⁰ “(99) Las estirpes de los germanos son cinco: los vándalos [procedentes de Escandinavia], de los que forman parte los burgodiones, los varinnas, los carinos y los gutones; la segunda estirpe es la de los inguéones, de la que forman parte los cimbro, teutones y caucos. (100) Los más cercanos al Rin son los istueones, de los que los hermíones se encuentran en el interior y de ellos forman parte los suevos, hermúnduros, catos y quercos [entre el Weser y el Elba, (Tácito, *Germania*, 36)]. La quinta estirpe la componen los peucinos y los basternas, limítrofes con los dacios ya nombrados. Famosos ríos desembocan en el Océano: el Gútaló [Pregel], el Vísculo o Vístula, el Albis [Elba], el Visurgis [Weser], el Amisis [Ems], el Rin y el Mosa [Mosa o Maas] [...]. (101) Por cierto, en el mismo Rin, con una longitud de casi cien mil pasos está la famosísima isla de los batervos y los cannenefates y otras de los frisios [en Frisia, entre el Ems y el Ijssel o Zuiderzee, (Tácito, *Anales*, IV, 72, 1; XI 19)], caucos, frisiavones, esturios y marsacios que se extienden entre el Helinio y el Flevo.”

“(106) A partir del Escalda habitan los texuandros, [...]; en el interior habitan los castolugos, [...], los tréveros [en las riberas del Mosa con capital en Augusta Treverorum, hoy Trier, y Noviomagus Treverorum, hoy Neumagen (César, *Guerra de las Galias*, I, 37, 1)], pueblo en otro tiempo libre, [...], los mediomátricos [entre el Saar y el Mosela, con capital en Divodurum, actual Metz (César, *Guerra de las Galias*, IV, 10, 3)] [...].” Traducción de Ignacio García Arribas en Plinio el Viejo, *Historia Natural, libros III-VI*, traducción y notas de A. Fontán, I. García Arribas y A. M^a. Moure Casas, Madrid, Gredos, 1998.

se alude a la Guerra Civil entre pompeyanos y cesarianos y acontecimientos subsiguientes cuando se nos describe al tribuno Apio Pulcro:

Fue acérrimo partidario de Julio César, pero tras su asesinato se pasó al bando de Bruto y Casio. Más tarde, [...] se unió a las filas del triunvirato compuesto por Marco Antonio, Augusto y Lépido. Terminada la guerra, y enfrentados Augusto y Marco Antonio, luchó al lado de este último. Después de la derrota de Accio, se ganó el favor de Augusto traicionando a Antonio y revelando el posible paradero secreto de Cleopatra, con la que se vanagloria, a mi modo de ver sin autenticidad, de haber tenido un escarceo amoroso (págs. 15-16).

También a Augusto, “Luego le pediré al divino Augusto, que me honra con su amistad, que te nombre procurador de Judea”, (pág. 158), o “[...] y se quedó con el brazo en alto y la mano extendida, como si estuviera saludando al divino Augusto”, (pág.159). Igualmente aparecen notas acerca del equipamiento habitual de un legionario romano, –en boca de Quadrato–, “[...] deberé ir a buscar el resto de la impedimenta de un soldado de campaña, a saber, una espada o *gladius* y un puñal o *pugio*, una lanza, una jabalina, un escudo, una sierra, una cesta, una piqueta, un hacha, una correa, una hoz, una cadena y provisiones para tres días.”, (pág. 113); acerca de técnicas y armas de guerra y de asedios, “Apio Pulcro, muy pálido, pregunta si el Templo dispone de fuego griego o de aceite hirviendo para ser arrojado sobre los atacantes, [...]”, (pág. 162); acerca de las conquistas de Augusto cuando se menciona la hoja de servicios de Quadrato: “Dice haber luchado de joven en el bando de Pompeyo contra Julio César, en la decisiva batalla de Farsalia, que perdieron. Más tarde, a las órdenes del divino Augusto, en Cantabria, donde recibió varias heridas gloriosas. [...] De todo ello se siente muy orgulloso Quadrato.”, (págs. 96-97); y un poco más adelante: “Fingiendo interés, sorpresa y admiración consigo que al llegar ante la villa del rico Epulón su vanidad haya crecido de tal modo que cree estar encabezando la entrada triunfal de Escipión en Roma cuando sólo va por un camino desierto y polvoriento [...].”, (pág. 97), en referencia al desfile del triunfo de Publio Cornelio Escipión el Africano tras su victoria en Zama sobre los cartagineses en 202 a. C. E igualmente se mencionan costumbres cotidianas romanas como, por ejemplo, las concernientes a prácticas funerarias latinas en comparación con los usos egipcios, judíos y árabes, por ejemplo en “- Cuando estaba siendo embalsamado, pues, como sabes, a pesar del avance de las costumbres romanas, los judíos rechazamos la incineración.”, (pág. 53); o en “- Sin embargo, por lo que puedo apreciar, este sarcófago es idéntico a los utilizados por los nobles egipcios en sus ceremonias funerarias. Y lo mismo cabe pensar de estas vasijas, destinadas a contener alimentos y agua para sustento del muerto en su viaje al más allá.”,

(pág. 139), siendo intervenciones de Berenice y de Pomponio, respectivamente, acerca del cadáver de Epulón.

A todo lo anterior se debe añadir que, por tratarse de una novela histórica ambientada durante la época del Imperio Romano, el autor recrea varios escenarios que nos remiten a ese tiempo, si bien la acción principal no se desarrolla en un espacio genuinamente romano sino en Nazaret. Pese a ello, la ciudad presenta unos lugares concretos que reflejan la romanización que aparejaba la conquista político-militar romana, además de elementos culturales y de costumbres como, por ejemplo, la decoración urbana o de casas particulares o las modas en el atuendo u otros aspectos. Entre las variadas referencias de este tipo que florecen en la novela destacaremos la descripción de las termas públicas en las que tienen su primer encuentro Filipo-Apolo y Pomponio Flato (capítulo V), la descripción del caótico urbanismo de Nazaret que es comparado con las racionales y geométricas disposiciones de calles y edificios en las ciudades de planta romana: “En vano el viajero buscará aquí el *cardo* y el *decumano*, por no hablar del foro, el anfiteatro u otro punto de referencia.”, (pág. 48), o la representación de algunas estancias y espacios de la casa de Epulón, que, como nuevo rico que construye una residencia, imita la última moda, levantando su vivienda siguiendo la disposición de una típica villa romana con sus partes más habituales: vestíbulo, atrio o peristilo, biblioteca, etc., “[...] penetro a través de un angosto vestíbulo en el atrio o peristilo, en todo idéntico al de una casa romana, con excepción de las estatuas y mosaicos, prohibidos por los rigurosos preceptos de la ley mosaica.”, (pág. 97). Además, se hacen también referencias a otro tipo de elementos como, por ejemplo, unas columnas con capitel corintio a modo de decoración suntuaria: “[...] con columnas de fuste grácil y capitel corintio”, (pág. 50).

Por consiguiente, podemos concluir que toda esa tradición clásica, conformada como ya se ha visto durante treinta siglos, aún hoy tiene un peso específico notabilísimo como arquetipo literario, cultural y humano que sigue alimentando obras actuales que vuelven los ojos a ese enjundioso caudal grecolatino porque, sencillamente, forma parte de nuestra propia génesis.

7.- La esfera de la fe: las referencias religiosas fuera del politeísmo grecolatino

Uno de los pilares sobre los que pivota la novela que nos ocupa es la religión, la conjunción de creencias religiosas que se muestran en ella, reflejo fiel del mosaico de tradiciones sagradas que existían en la Palestina de la época. Y todas ellas también son utilizadas por Mendoza para elaborar una caricatura de las mismas, sobre todo de las

monoteístas que todavía hoy son las religiones más profesadas del planeta. Por todo ello, las referencias religiosas son innumerables.

7.1 Los árabes

Los árabes que recogen a un extraviado Pomponio Flato en el principio de la novela son identificados como nabateos, adoradores de Hubal, “a quien a veces llaman también Alá.”, (pág. 10); éstos conforman, efectivamente, una de las religiones presentes en el norte de Arabia, aproximadamente entre el Mar Muerto y el Mar rojo. Parece ser que dichos árabes/nabateos poseían una concepción de dios único, el Al-Ilah, literalmente “el dios”, el cual nombra Mendoza en su obra, pero que, previo a la predicación de Mahoma (muy posterior, según bien apunta el propio autor en la nota final, pág. 187), convivía con un cierto politeísmo no exento de jerarquía, con existencia de dioses y diosas con diferentes funciones y atribuciones.

7.2.- Judaísmo

Jesús se dirige casi siempre a Pomponio Flato como *rabí* o *raboni*, “Unos dicen que soy un hombre sabio y me llamaban *rabí* o *raboni*, que en su lengua significa “maestro”. Otros me llaman simplemente imbécil.”, (pág. 30), que en hebreo significa “señor mío” o “maestro mío”, siendo ambos términos usados en el judaísmo primeramente, como forma de respeto y, posteriormente, para denominar a aquellos hombres sabios expertos en los textos sagrados judíos y que, además, podían desempeñar funciones judiciales. Paradójicamente, estos términos aparecen en el Nuevo Testamento en boca de los apóstoles y otras personas para dirigirse o referirse al propio Jesucristo, en un nuevo juego irónico *mendociano*.⁷²

Al comienzo del capítulo III, Pomponio Flato detalla al destinatario de su carta, Fabio, una descripción de Palestina, un breve repaso de su historia y de la del pueblo judío, así como una relación de sus costumbres, religión, normas y legislación vigente, siempre desde la perspectiva humorística *mendociana* que descarga de solemnidad y rigor histórico su relato:

⁷² A modo de ejemplo, así lo vemos en el pasaje conocido como *El ciego de Jericó*, en Marcos 10, 51-52: “Jesús, dirigiéndose a él, le dijo: ‘¿Qué quieres que te haga?’ El ciego le dijo: ‘Raboní, ¡que vea!’ Jesús le dijo: ‘Vete, tu fe te ha salvado.’ Y al instante, recobró la vista y le seguía por el camino.” O en la aparición de Jesús ante María Magdalena recogida en Juan 20, 16: “Jesús le dice: ‘María.’ Ella se vuelve y le dice en hebreo: ‘Rabonî-que quiere decir ‘Maestro’-.”

Cada vez que la suerte les es contraria, o sea siempre, los judíos aducen que es Yahvé el que les ha castigado, bien por su impiedad, bien por haber infringido las leyes que él les dio. Estas leyes, en su origen, eran pocas y consuetudinarias: no matar, no robar, etcétera. Pero andando el tiempo, a su dios le entró una verdadera manía legislativa y en la actualidad el cuerpo jurídico constituye un galimatías tan inextricable y minucioso que es imposible no incurrir en falta continuamente. Debido a esto, los judíos andan siempre arrepintiéndose por lo que han hecho y por lo que harán (págs. 20-21).

Zara menciona a Asmodeo, una especie de demonio que aparece nombrado en algunos libros cristianos y judíos, y al que parece atribuírsele terribles crímenes; la joven prostituta afirma que Pomponio Flato, “Mi primer impulso ha sido salir huyendo, por si estabas poseído por Asmodeo u otro demonio malintencionado, [...]”, (pág. 77), debido a su delicado estado de salud y a sus múltiples síntomas, parece estar poseído por dicho ser ya que se mueve como un endemoniado.

También Zara, antes de la interpretación de uno de los sueños de Pomponio Flato, le cuenta que posee ese don por herencia materna, “[...] hasta llegar a José, el que fue vendido por sus hermanos y llegó a gobernar Egipto tras haber interpretado acertadamente los sueños del Faraón. Mi abuela se jactaba de descender de una hija habida de la unión de José y la mujer de Putifar.”, (pág. 79), y en un rápido recorrido por su genealogía, le asegura que descende de la unión de José, personaje bíblico del *Génesis*, hijo de Jacob, y la esposa de Putifar, un alto funcionario de la corte faraónica, quien lo compró como esclavo; según la versión tradicional, la mujer intentó seducir sin éxito a José, por lo que su integridad sería proverbial, pero en la interpretación Zara, logró su objetivo: ella misma sería una descendiente de esa relación.

En el pasaje en el que Pomponio Flato reprende a Jesús por escuchar conversaciones ajenas, el romano le afea que, en contra de las normas judías, Jesús espíe a otras personas a pesar de que siempre esté haciendo referencia a las virtudes que enseñan los libros y personajes sagrados:

- No me reprendas, *raboni*, mi intención no era espiar. Además, Yahvé es el primero en espiar, pues conoce todos nuestros actos y nuestros pensamientos.

- Yahvé no sabe nada de nada, y tú eres un maldito sofista -respondí- (pág. 108).

En concreto aquí se nombran el *Levítico*, libro hebreo que forma parte del Antiguo Testamento y trata de las ofrendas, el sacerdocio y otros temas, atribuido tradicionalmente a Moisés, y la Ley de Moisés, uno de los principales profetas de la religión judía que

proporcionó al pueblo hebreo la fundamental legislación de los Diez Mandamientos, que a su vez le entregó el propio Yahvé en el Sinaí⁷³.

Vuelve Moisés a ser mencionado por Zacarías, –un sacerdote en la tradición bíblica, primo de José–, en el que el profeta aparece como el liberador del pueblo judío del yugo egipcio de la esclavitud para llevarle a la Tierra Prometida, enseñándole también, según afirma Zacarías, a ser “un pueblo guerrero y orgulloso”, (pág. 118). Este personaje de Zacarías, paradigma de la fe mosaica, casi siempre interviene, como el mismo Mendoza indica en la nota final, pronunciando palabras de las sagradas escrituras, como cuando le recita un pasaje del *Libro de los Reyes*, (I, 19, 11-12), que luego Pomponio le pide que le explique:

“Hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebrantaba las rocas; pero no estaba Yahvé en el huracán. Después del huracán, un temblor de tierra; pero no estaba Yahvé en el temblor. Después del temblor, fuego, pero no estaba Yahvé en el fuego. Después del fuego, el susurro de una brisa suave”⁷⁴ (pág. 177).

Igualmente aparece en la novela el hijo del sacerdote Zacarías, Juan, hijo de éste y de Isabel, prima de María, madre de Jesús. Es descrito Juan como un adolescente rebelde que se mezcla con los grupos judíos de agitadores contra la autoridad romana, por lo que en definitiva es detenido y presto a ser ejecutado junto con José. Cuando finalmente se resuelve el caso y los acusados son absueltos, se dice de él que “ahora, vuelto definitivamente al mundo de los vivos, tenía pensado retirarse al desierto, cubrir su desnudez con piel de camello, comer langostas y miel silvestre y no beber vino ni licor.”, (pág. 172); es decir, pretende llevar una vida ascética y de retiro, y se colige, pues, que es el San Juan Bautista del Nuevo Testamento que habrá de bautizar a Jesús en el río Jordán.

El tercer reo que se iba a ejecutar es otro personaje que aparece fugazmente en el relato pero tiene un papel fundamental en la resolución final porque salva al sacerdote Anano de la muerte cuando está a punto de caer desde lo alto de la ciudadela en el asedio provocado por el levantamiento popular para liberar al Mesías, supuestamente detenido. Ese providencial judío es Judá Ben-Hur, detenido según las autoridades por alborotador público –“probablemente un agitador enviado por los celotes⁷⁵ de Jerusalén.”, (pág. 110)–, y condenado por ello también a morir en la cruz. Según posterior confesión, es un joven

⁷³ Vid. *Éxodo* 20, 2-17; *Deuteronomio* 5, 6-21.

⁷⁴ *Et spiritus grandis et fortis subvertens montes, et conterens petras ante Dominum: non in spiritu Dominus, et post spiritum commotio: non in commotione Dominus, et post commotionem ignis: non in igne Dominus, et post ignem sibilus aurae tenuis.*

⁷⁵ Uno de los grupos en los que se fue escindiendo la sociedad judía entre los siglos I a. C. y I d. C., y que encabezarán la revuelta que acabó con la destrucción de Jerusalén por parte de Roma en respuesta a la sublevación judía en el siglo I d. C.

que, de buena familia judía con incluso relación directa con el prefecto y demás autoridades romanas de Jerusalén, simplemente estaba de paso en Nazaret y fue prendido injustamente, añadiendo que era un gran aficionado a las carreras de cuadrigas. Lógicamente se trata del personaje central de la novela histórica *Ben-Hur* (1880) de Lewis Wallace, en un guiño *mendociano* a las novelas históricas que se parodian en la presente obra y también al género cinematográfico que durante los años 50, 60 y 70 del siglo pasado se vino en denominar péplum, y que llevó a las pantallas gran parte de esas novelas que habían triunfado entre los lectores, o bien se ocupó de la biografía de Jesús y de la temática cristiana⁷⁶, haciendo todas ellas apología de la fe católica frente al paganismo del Imperio Romano.⁷⁷ En este sentido, el Judá Ben-Hur de Mendoza también es un judío bien relacionado con las autoridades y que es *aficionado* a las carreras de cuadrigas en el Circo, quizás el entretenimiento más popular en el ámbito romano sobre todo en época imperial, aunque era una actividad celebrada ya durante la República.

Se nombra también, por parte de Mateo, hijo de Epulón, la *Gehena*, “Por desgracia, alguien había estado allí con otras intenciones y ella se había llevado el secreto a la Gehena.”, (pág. 127), un término griego adaptado de la palabra hebrea

Gehinnom, “valle del Hinnom”, un barranco al suroeste de Jerusalén. En el siglo VII a. C., lugar de sacrificios culturales de niños a Baal⁷⁸ en el fuego, condenados por Jeremías (Jeremías 19,

⁷⁶ Nombraremos a modo de sucinto ejemplo algunas de estas películas: *Quo vadis?* (1951), *La túnica sagrada* (1953), la propia *Ben-Hur* (1959), *Espartaco* (1960), *La historia más grande jamás contada* (1963), etc.

⁷⁷ Por utilizar otra referencia cinematográfica, se podría trazar un paralelismo entre *El asombroso viaje...* y el largometraje *La vida de Brian* (*Life of Brian*, en el original), 1979, comedia en la que un joven es confundido con el Mesías creándose de este modo un sinfín de equívocos que parodian igualmente la religión y las propias películas de temática cristiana que se acaban de señalar. Esa relación se puede resumir en la información que le facilita Zara a Pomponio acerca de Mateo y su relación con la *resistencia* judía antiromana:

“- Él lo llama un movimiento de liberación. Epulón se oponía con firmeza a cualquier forma de revuelta. Afirmaba, no sin razón, que este país nunca había gozado de un periodo de paz, libertad y abundancia tan prolongado como el actual y decía que alzarse contra Roma nos conduciría inexorablemente a la ruina.” (pág. 83).

Este film, creación del genial grupo británico de humor *Monty Python*, fue uno de los influjos de los que se valió Mendoza para la confección de su novela, como él mismo señala en una entrevista en el diario *El País*, RODRÍGUEZ MARCOS, Javier, *El País*, 29 de marzo de 2008, Suplemento Babelia.

⁷⁸ Baal es el dios cananeo de la tormenta, la lluvia y la fertilidad agrícola, y dominaría el panteón politeísta cananeo, fe situada en la zona de Siria, Fenicia y Palestina, por lo que desde muy pronto presento conexiones con el judaísmo, aunque también con otras religiones como la mesopotámica. Su nombre significaría “amo” o “señor”. Este dios Baal y otra importante diosa semita, Astarté, son mencionados por la otra hija de Epulón, Berenice, que se confiesa una sacerdotisa de esta divinidad e instruida por su madre en dicho culto tras haber renegado de la religión judía. El culto de Astarté fue muy practicado y muy importante en toda la zona del Mediterráneo oriental y Asia occidental, y compartía muchos rasgos con la Istar babilonia, la deidad femenina más notable de babilonios y asirios, diosa del amor sexual, la guerra y la fertilidad; por ello fue asimilada por los griegos a Afrodita. Berenice, como sacerdotisa suya se dispone a sacrificar a Jesús, al que previamente había sorprendido y retenido husmeando por su casa, y al propio Pomponio Flato, que les descubre en la tumba de Epulón. La hija de éste iba a sacrificarlos allí “a fin de que su alma [la de su padre]

4-6); considerado más tarde la entrada al mundo inferior. El nombre es metafóricamente usado en el judaísmo y en el Nuevo Testamento como lugar donde los malos serían atormentados (normalmente por el fuego) después de su muerte.”⁷⁹

En varios puntos de la novela, dentro del contexto religioso y socio-político que se refleja en ella (*vid.* epígrafe 5), aparecen los nombres de los diferentes grupos en los que se distribuía la población judía de los siglos I a. C.-I d. C. Así, nos encontramos con los fariseos, más laicos y minoritarios que otros grupos pero muy escrupulosos en el cumplimiento de las leyes y restricciones de pureza, alimentación o limpieza judías; y los saduceos, mucho más numerosos, influyentes y antiguos, y que proviniendo y engrosando a la vez la franja más aristocrática de la pirámide social judía, ostentaban el sacerdocio de Jerusalén y otras ciudades, con una influencia determinante en las decisiones políticas y económicas del pueblo. Hay que añadir aquí a los celotes, de los que se ha hablado un poco antes.

Igualmente aparecen mencionados distintos profetas, “¿Te crees acaso un profeta como Abdadías, Hababuc o Sofonías?”, (pág. 159), de la religión hebrea como Abdías, literalmente “siervo de Dios”, de cronología muy incierta, Habacuc, profeta posiblemente del siglo VII a. C., y Sofonías, también del mismo tiempo; los tres dan nombre a libros proféticos de la Biblia Hebrea/Antiguo Testamento. O se nombran a los grandes hombres que forjaron el judaísmo, “[...] vuelven al redil de Abraham, Jacob, Moisés y los profetas, [...]”, (pág. 169), como Abraham, padre del pueblo hebreo (aunque también es tenido como el origen de las otras dos religiones monoteístas, cristianismo e islam), que llegó tras largo peregrinaje a la Tierra Prometida de Canaán y dio vida a Isaac; Jacob, hijo de Isaac, nieto de Abraham, al que se le cambiaría el nombre por el de Israel y que tuvo doce hijos con varias esposas, los cuales tradicionalmente son considerados como los precursores de las doce tribus de Israel; y Moisés, del que ya se ha hablado antes.

De la misma forma, se habla en varios capítulos de la novela acerca del sacrificio que el sacerdote judío a cargo del templo llevaba a cabo diariamente,

Yo, ir al altar y sacrificar una ternera a Yahvé. Cuando os hayan exterminado, me encontrarán en comunicación con el Todopoderoso y no se atreverán a tocarme un pelo de la barba. Repartiré pedazos de lomo vacuno entre los cabecillas de la revuelta y volverán a reinar la paz y la concordia (pág. 162).

se reencarne en un animal inmundo. O en un griego.”, (pág. 139). En el último momento, maestro y discípulo son liberados por Apio Pulcro y sus legionarios, avisados milagrosamente por Lázaro –gracias a la intervención divina de Apolo.

⁷⁹ VV. AA., *Diccionario de las religiones, vol. I*, Madrid, Espasa Calpe, 1998, pág. 97.

Como era norma en todos los templos; en efecto, se sacrificaba todos los días un animal, habitualmente un cordero, para expiar los pecados cometidos y mostrar dedicación a Dios, si bien parece que había varias clases de sacrificios que estaban tipificados según el pecado, la falta o la fiesta que era pertinente. En la novela el sacerdote Anano celebra diariamente en el templo nazareno un tipo de sacrificio en el que luego se aprovecha la carne para el consumo propio.

Por otra parte, este mismo personaje abandona la ciudad y la asamblea sagrada, el Sanedrín –máxima autoridad judía en la ciudad– para irse a vivir a Jerusalén y ocupar un puesto en el templo y en el Sanedrín de esa población junto a un yerno suyo, Caifás, que, según se nos cuenta, había sido nombrado máximo dirigente de ambas instituciones. Es ésta otra referencia al futuro de Jesús, pues será Caifás precisamente, como mayor jefatura religiosa en Jerusalén, quien promoverá la condena a muerte de aquél por parte de la autoridad romana al entender que, proclamándose Mesías, Jesús había incurrido en un delito de sedición contra los romanos, castigado con la pena capital.

En una divertida expresión de Mateo, hijo de Epulón, tras descubrir a Jesús merodeando por la casa del supuesto fallecido, “¡Por la burra de Balaam!”, (pág. 55), el joven hace alusión a ese personaje bíblico que “fue instruido por Balak, rey de Moab, para que maldijese a los israelitas, pero tras la visión de un ángel, lo que hizo fue bendecirlos”⁸⁰, relato que aparece en el capítulo 22 del *Libro de los Números*, donde se cuenta que yendo Balaam montado en su burra, ésta comenzó a hablar por mediación del ángel divino para que su amo no hablara mal de los israelitas sino que ponderara sus virtudes, cosa que Balaam hará, profetizando incluso la venida del Mesías.

De nuevo Mateo nombra a otro personaje bíblico cuando conversa con Pomponio Flato; esta vez se trata de Onán, figura asociada a la masturbación en la tradición judía, “que fue condenado por Dios por derramar su semen `en el suelo`.”⁸¹, según se cuenta en el libro del *Génesis* 38, 7-9. Mateo dice que “con ternura y maestría [Zara] me demostró el error de Onán.”, (pág. 128), gracioso circunloquio para expresar que con ella perdió su virginidad y conoció el amor por primera vez.

En su narración, Mendoza incluso llega a la sátira en varias ocasiones por la carga de crítica que aparejan varios pasajes; por ejemplo: “Los partidarios más acérrimos de la rebelión son los sacerdotes, que se dicen intérpretes de la palabra de Dios, pero su misma

⁸⁰ BOWKER, John, (compilador), *Diccionario abreviado Oxford de las religiones del mundo*, Barcelona, Paidós, 2006, pág. 82.

⁸¹ BOWKER, John, (compilador), *op. cit.*, pág. 498.

condición de sacerdotes los hace de natural holgazanes, acomodaticios y propensos a estar a bien con el poder.”, (pág. 21-22).

En el capítulo X, María mantiene una conversación –ya mencionada (*vid.* epígrafe 5.2)– con Pomponio Flato en la que la madre de Jesús hace una larga intervención en la que resume la historia de la nación judía para justificar el estado de rebelión continua que vive la región contra la ocupación romana, aunque al final se arrepiente de haber hablado tanto ya que, según ella “en mi país las mujeres no hacen política.”, (pág. 93), reflejo del arrinconamiento de la mujer en la sociedad judía en particular y en el mundo antiguo en general.⁸² Tras la frase anterior, María añade: “lo de Judit y Holofernes fue puro pragmatismo y no cuenta.”, en referencia al episodio en el que un jefe del ejército de Nabucodonosor II, Holofernes, fue embriagado y después degollado por una mujer judía llamada Judit para salvar su ciudad –capítulo 13 del *Libro de Judit*–, pues el monarca babilonio había enviado a su ejército para represaliar la población de Vetulia por denegar su ayuda al rey previamente. De nuevo aparece el sarcasmo y la ironía *mendocianos* para culminar el relato de un pasaje dramático.

7.3.- Cristianismo

A lo largo de toda la obra aparecen innumerables referencias al cristianismo futuro que habrá de fundar Cristo y a episodios de la vida de Jesús narrados en el Nuevo Testamento. Muchas de estas referencias, sería inútil listarlas todas aquí, las recrea

⁸² El papel de la mujer: aparecen en las obras de Mendoza siempre mujeres como elementos menores, livianos, secundarios frente a los personajes masculinos, y casi siempre tienen un papel complementario al de su contexto masculino, es decir, ayudan a caracterizar al personaje (marido, padre, hijo, etc.), con el que aparecen en sus novelas. En *El asombroso viaje...* se nos presentan pocos personajes femeninos y éstos juegan el papel que se espera de ellos teniendo en cuenta, además, el contexto histórico en el que nos encontramos, la antigüedad grecolatina, en la que, salvo excepciones por mor de una condición social elevada o la pertenencia a la esfera de poder, las mujeres permanecen al margen de la Historia, recluidas en casa al cuidado de los hijos (“[...] pues aquí, como en el resto del mundo, la mujer tiene a su cargo todas las tareas domésticas, [...]”, pág. 64). Zara y María representan aquí esos estereotipos pero con ciertos matices ya que también proporcionan interesantes reflexiones sobre el mundo que les rodea, como la intervención de María sobre la situación de su país en charla con Pomponio:

[...] Como no salen de sus aposentos, ni el Tetrarca, ni el procurador de Judea, ni el Sumo Sacerdote saben ni sospechan lo que la gente piensa. Se pasan el día metidos en el baño, untados en aceite, con sus concubinas.

- ¿El Sumo Sacerdote también tiene concubinas? –pregunté.

- No lo sé. No sé lo que es una concubina, ni lo que se puede hacer con ella en el baño. Yo creía que era una esponja. Repito lo que he oído. Mis pensamientos son del todo puros. Sólo ponía este ejemplo para subrayar el divorcio entre gobernantes y gobernados (págs. 92-93).

Para una visión más amplia sobre el tema en algunas novelas de Mendoza, *vid.* BÁEZ-RAMOS, Josefa, “La mujer en la narrativa de Eduardo Mendoza”, en OXFORD, Jeffrey, KNUTSON, David, *Eduardo Mendoza. A new look*, New York, Peter Lang Publishing, 2002, págs. 77-89.

Mendoza como herramienta para mover a la risa, como chiste que pretende arrancar la risa del lector: por ejemplo, cuando Pomponio Flato entra en el patio del Templo para lograr un aplazamiento de la ejecución de José y ganar tiempo para ampliar su investigación:

En el patio había cuatro legionarios jugándose la modesta túnica de José a los dados. En un rincón, atado con una soga a una columna, estaba el reo, y apoyada en la pared una cruz de madera blanca rematada por un cartel donde se leía: IOSEPHUS INTERFECTOR (págs. 68-69).

Es un paralelismo claro con el pasaje bíblico en el que se narran los momentos previos a la muerte de Jesús y la descripción de las humillaciones que va a sufrir a manos de los soldados romanos (*Juan* 19), siempre con la idea de buscar la complicidad del lector y llevarle al humor, no a la compasión por el reo José. Otros ejemplos de este tenor los leemos en:

¡Conozco a este niño insoportable desde que llegó a Nazaret! Durante un tiempo acudió a la sinagoga a recibir instrucción, pero acabé expulsándolo por sus opiniones heréticas y su persistente insubordinación. ¡Ya entonces le auguré una carrera delictiva, y le vaticiné que acabaría sus días en la cárcel o incluso en la cruz, como su padre, que no es otro que José, el convicto asesino! (pág. 57),

en palabras puestas en boca del sacerdote Anano sobre Jesús; o cuando el tribuno Apio Pulcro afirma: “Según ellos [los judíos], tres cruces en lo alto de un cerro es una imagen bien compuesta.”, (pág. 110); o al decir Pomponio Flato: “Cuando seas mayor –le dije [a Jesús]–, ya verás tú lo que es ir por un camino empinado sin que te den respiro.”, (pág. 114); o el mismísimo final de la novela, que nos serviría como sinopsis de todo lo dicho anteriormente:

“[...], porque sólo esto tengo por cierto: que dentro de unos años será como si nada hubiera existido, y nadie se acordará de Jesús, María y José, como nadie se acordará de mí, ni de ti, Fabio, pues todo decae, desaparece y se pierde en el olvido, salvo la grandeza inmarcesible de Roma”, (pág. 186).

Otras referencias forjan una ironía mordaz, propia de la obra *mendociana*, por ejemplo, al declarar Pomponio Flato en conversación con José: “Es en verdad una idea original –admití–. Estar tres días enterrado y luego resucitar. ¿Quién podría creer una cosa así?”, (pág. 175). Algunas de estas referencias son un poco más veladas, como cuando el niño Jesús, merodeando por el muro que rodea la casa de Epulón, cae y se engancha con las ramas de una higuera rasgándose la túnica y golpeándose, a lo que el niño responde: “¡Maldita sea esta higuera! ¡Que nunca más brote fruto de ti!”, (pág. 51). Este episodio se narra en Marcos 11, 12-14:

Et alia die, cum exirent a Bethania, esuriit. Cumque vidisset a longe ficum habentem folia, venit si quid forte inveniret in ea; et cum venisset ad eam, nihil invenit praeter folia; non enim erat

*tempus ficorum. Et respondens dixit ei: "Iam non amplius in aeternum quisquam fructum ex te manducet." Et audiebant discipuli eius.*⁸³

O cuando habla Zacarías: “¿Acaso no dijo el profeta: No vociferará ni alzaré el trono ni hará oír en las calles su voz?”, (pág. 119), cita del libro de *Isaías* 42, 2: *non clamabit neque accipiet personam nec audietur foris vox eius*. O bien como cuando ya se ha resuelto el caso y José está libre y Jesús quiere agradecer a Pomponio Flato sus esfuerzos: “[...] porque estuve afligido y me consolaste, necesité consejo y me lo diste, estuve en peligro y me socorriste, buscaba un investigador privado y te hiciste cargo del caso.”, (págs. 171-172), clara y disparatada referencia a las palabras de Jesucristo en *Mateo* 25, 35-36, dentro del pasaje conocido como “El Juicio Final”: “Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme.” Asimismo ocurre con el pasaje en que Mateo, resuelto ya todo el entuerto renuncia a su vida disoluta y a sus devaneos con la resistencia judía:

Mateo, rebelde de corazón, hizo renuncia pública de su patrimonio y, doblemente apesadumbrado por la muerte de su amada y por la penosa circunstancia de haber sido su propio padre el asesino, anunció que se retiraba de la civilización, a esperar la llegada del Mesías, al que seguiría y a cuyo servicio pondría los conocimientos adquiridos en Grecia, escribiendo puntualmente su vida, enseñanzas y milagros (págs. 169-170).

Los lectores deducimos que se trata del futuro evangelista Mateo que confeccionará uno de los cuatro evangelios sinópticos del Nuevo Testamento.

En otros pasajes de la obra aparecen mencionados también episodios bíblicos pero, igualmente, con una intencionalidad humorística o irónica para, subiendo un escalón más, llegar a la crítica satírica de la religión y la fe, sea cristiana o de otro tipo. En efecto, sin dejar el sesgo de la risa *mendociana*, surgen elementos argumentales que enjuician desfavorablemente las creencias, en este caso, cristianas; así, Pomponio Flato afirma en conversación con José: “Cuando un inocente muere como cordero sacrificial por la salvación de otro, el mundo no se vuelve mejor, y encima se malacostumbra. Atribuir al dolor propiedades terapéuticas es propio de culturas primitivas.”, (pág. 70). O en otro lugar, igualmente entre los mismos personajes:

⁸³ “Al día siguiente, saliendo ellos de Betania, sintió hambre. Y viendo de lejos una higuera con hojas, fue a ver si encontraba algo en ella, no encontró más que hojas; es que no era tiempo de higos. Entonces le dijo: ‘¿Que nunca jamás coma nadie fruto de ti!’ Y sus discípulos oían esto.” Aunque no está claro su significado, algunos especialistas creen que se trata de una metáfora en la que Jesús identifica la higuera con Israel, y lo maldice porque los frutos que está dando son inexistentes, ya que el pueblo judío se ha entregado al pecado y ha descuidado sus obligaciones para con Dios.

José [...] dijo:

- No hemos de devolver mal por mal, sino al contrario: perdonar a nuestros enemigos y amarlos como Dios nos ama.

- Por Júpiter, no sé quién te ha metido esa idea en la cabeza, pero venga de donde venga, es una insensatez. Si no distinguimos al amigo del enemigo y al bueno del malo, ¿adónde irán a parar la virtud y la justicia?

8.- El asombroso viaje de Pomponio Flato o la parodia suma

Mendoza, por medio de Pomponio Flato, expresa los argumentos de la razón, de la filosofía y la ciencia, para contraponerlos a los de la fe; elabora personajes como José, María o Zacarías, cuyas intervenciones están dominadas e inspiradas en casi su totalidad por argumentos religiosos aunque a veces sean absurdos, como en cuanto a las restricciones alimentarias judías, o se contradigan en determinados momentos, como cuando José acepta con gran resignación su destino a ser ejecutado justificándolo porque es la voluntad divina, pero en realidad es un pacto entre seres humanos –él mismo y el criminal Teo Balas/Epulón–, lo que le impide confesar qué ha sucedido realmente y certificar su inocencia.

Dicha crítica no sólo llega a las creencias, a la fe personal o comunitaria, sino que también la despliega Mendoza contra la jerarquía religiosa, “[...] pero su misma condición de sacerdotes los hace de natural holgazanes, acomodaticios y propensos a estar bien con el poder.”, (pág. 22), o en el pasaje ya citado (*vid.* nota 52) de María acerca de la concubina del Sumo Sacerdote, o bien contra el pueblo en su conjunto que sigue unas directrices determinadas de manera irreflexiva, acrítica y moviéndose a impulsos, todo ello reflejado en la parte final, cuando habiéndose propagado el rumor de que el Mesías ha llegado y se encuentra detenido en la fortaleza del Templo, (capítulo XV), éste es asediado por la muchedumbre, sin pruebas de ningún tipo, a lo que los responsables sacerdotales y militares sólo saben responder mostrándoles a los sitiadores sucesivos personajes, José, Juan, Judá Ben-Hur, presentándolos como salvadores por su aspecto físico, para que le cuadre al pueblo, más que por cualidades morales o de otro tipo. Y ello con el único objetivo de escapar del asedio y de morir linchados por la masa.

Por otra parte, respecto a todas las religiones que aparecen en la obra pero sobre todo al cristianismo, pues a lo largo de la novela se van desgranando los principales episodios de la vida de Jesús de Nazaret –José, una vez resuelto ya todo su caso, le narra a Pomponio Flato los hechos de la concepción de María, la salida de Nazaret, el nacimiento, la adoración de los magos, la huida a Egipto, la vuelta a Nazaret, etc. (págs. 173-174)–, Mendoza va a conducirse en el tratamiento de ellas de un modo tal que se produce una

desmitificación de esos hechos históricos para erigir una parodia absoluta de todo. Efectivamente, el autor barcelonés toma los episodios fundacionales y básicos del cristianismo –por ejemplo, prendimiento de Jesús, su humillación, su calvario, su crucifixión, su muerte, su resurrección, etc.–, y su libro sagrado, la Biblia, para desmitificarlos, para desacralizarlos e intentar con ello, primero, llevarlos al terreno de lo grotesco, de lo esperpéntico, y, segundo, comprender la realidad actual a partir del mismo origen de esa realidad y, al mismo tiempo, criticarla ya que tras el paso de los siglos la coyuntura parece asentarse sobre la misma base, sobre la esperanza en la llegada de un salvador, de un Mesías, de un hombre santo *total* que vuelva a salvar la sociedad, que se sacrifique por ella para redimirla. A partir, pues, de la parodia de lo histórico se tienden puentes con la actualidad para comparar ambos tiempos, elevar una crítica acerca de ellos y construir un marco esperpéntico, ridículo en el que desarrollar la acción dramática. Y de modo similar ocurre con los demás materiales de los que se vale Mendoza para apuntalar su obra: la tradición y cultura grecolatinas, la historia del pueblo judío y el propio judaísmo, las demás culturas y religiones que aparecen en la novela y la Historia que encuadra y contextualiza la acción; todas ellas son desnudadas, desvestidas de su apariencia secular de seriedad, de su autoridad, de su carácter canónico para mover a la risa y llevar a una crítica de costumbres proyectada en la actualidad: desprestigio de jerarquías religiosas, políticas y militares, indefensión de las clases bajas, cultura de la corrupción y del enriquecimiento inmobiliario ilícito, culto al dinero, etc.

Así mismo, además de la conjunción de diversos materiales, Mendoza mezcla diferentes géneros: la novela histórica, el detectivesco-policial, la hagiografía⁸⁴ –nada

⁸⁴ Esta aparición del género hagiográfico no es novedosa en la obra de Eduardo Mendoza (*vid.* los fragmentos de *La ciudad de los prodigios* en los que intervienen diferentes santos cristianos para dar algún giro a la trama o intervenir como unos personajes más; o su *Tres vidas de santos*, 2009). Estos hechos

revelan una particular pasión de Mendoza por la hagiografía, disciplina que ha entreverado reiteradamente en sus narraciones, hasta convertirla en un posible paradigma de su incuestionable afición al esqueje literario. A lo largo de casi toda su obra, aquí y allá, los santos protagonizan pequeños episodios, como si fueran estrellas invitadas que aportan su resplandor celestial y enriquecen la trama del relato, lo cual no les impide, por cierto, hacerlo desde posiciones a menudo heterodoxas e incluso cercanas, metafóricamente hablando, a la iconoclastia. (MOIX, Llätzer, *Mundo Mendoza*, Barcelona, Seix Barral, 2006, pág. 168).

Así:

“Mi afición al santoral –afirma Mendoza, inquirido sobre esta cuestión– la debo a varios factores. Por una parte está la formación religiosa. En ella encontramos un tipo de narrativa que dejó su impronta en la gente de mi edad. Los relatos de martirios [...] especie de género *gore* para niños [...] quedó grabado a fuego en nuestra memoria. Durante años permaneció en estado latente, en una posición de *stand by*. Pero más tarde afloró en mis novelas. [...] Además del educacional, mi afición a la hagiografía tiene otro origen, desarrollado ya en la edad adulta. Me refiero a la

menos que del propio Jesucristo—, incluso el amoroso o el picaresco, para, a través del pastiche, como en otras de sus novelas⁸⁵, construir esa otra parodia metaliteraria de los registros⁸⁶. Dichos registros son igualmente desacralizados para criticarlos, para poner en solfa cierta parte de la literatura de hoy en día que se ha transformado en una literatura de consumo y que explota esos mismos registros, que los maximiza fagocitada a su vez por el éxito o por las ventas. Por ejemplo, al escoger el personaje de Jesús, Mendoza desmonta el género hagiográfico humanizando al nazareno hasta el punto de presentarlo como un “simple” niño que, por ejemplo, es capaz de olvidarse de los grandes problemas familiares poniéndose a jugar con la niña Lalita y un corderito al poco de conocerla. De igual manera es despojado el registro policíaco de su norma, de su propia razón de ser, pues nos encontramos ante un caso que, en realidad, nunca ha sido tal porque no ha habido ningún asesinato, y no hay cadáver; el enredo se resuelve por una confesión en primera persona inducida por una deidad (no por las pesquisas de las autoridades o del detective del caso); el investigador resuelve parte de los misterios pero nadie le cree y no consigue la liberación del reo, etc. Toda la novela, pues, está levantada sobre un caso vacío, hueco, de donde también nace y se deriva la parodia.

Por consiguiente, en *El asombroso viaje...* se produce una doble parodización, de materiales y de géneros, que se superponen y complementan para tratar de entender el mundo y que abre la puerta de par en par a lo que los críticos han dado en llamar postmodernismo; así, por su mezcla de géneros, por la tendencia al pastiche, por su tratamiento de los acontecimientos históricos fundamentalmente prescindiendo de la carga ideológica, y de los dogmas políticos, y por su uso de la parodia, la ironía y el humor, nuestro autor es incluido bajo dicha divisa⁸⁷ para la que, aunque los estudiosos no se ponen de acuerdo en fijar una definición y sus límites, sí que han establecido algunas características como el eclecticismo, la difuminación de las fronteras entre géneros o la

novela *Fifth Business (El quinto en discordia)* del autor canadiense Robertson Davies, [...]. Ahí descubrí la posibilidad de estudiarlas como un tema académico, no como un subgénero. (MOIX, Llàtzer, *op. cit.*, págs. 171-172).

Mendoza parece culminar en *El asombroso viaje...* esa predilección poniendo al propio Jesús bajo el foco.

⁸⁵ Vid. *La verdad sobre el caso Savolta* o *La ciudad de los prodigios*.

⁸⁶ Incluso podría decirse que es parodiado el propio género épico, con la ya vista utilización de epítetos propios del ἔπος aplicados a personajes de todo tipo, la aparición de aparato divino para intervenir en la trama argumental o ayudar a otros personajes humanos, el tratamiento de los elementos mitológicos (epígrafe 6.1) que realiza Mendoza, etc.

⁸⁷ Es más, algunos críticos y estudiosos, más allá de insertarlo en este término, han calificado a Mendoza como arquetipo postmodernista; vid. HERRÁEZ, Miguel, *La estrategia de la postmodernidad en Eduardo Mendoza*, Barcelona, Ed. Ronsel, 1998, y KNUTSON, David, *Las novelas de Eduardo Mendoza: la parodia de los márgenes*, Madrid, Ed. Pliegos, 1999.

utilización de la Historia de distinto modo del que se venía utilizando: “[...] si una de las características del postmodernismo es el tratamiento de la historia como una ficción, Mendoza nos ofrece una ficticia narración histórica, una reescritura de lo que nos dicen los libros, pero desde un planteamiento popular folclórico.”⁸⁸ En efecto, muchas de las novelas de Mendoza cuentan con estas marcas, desde el principio de su producción ya con *La verdad sobre el caso Savolta*, y son llevadas, como se ha visto, al paroxismo en *El asombroso viaje...* por la cantidad y la enjundia de los materiales y géneros que son caricaturizados, pero dotándolos al mismo tiempo de una profunda carga crítica que traspasa límites cronológicos.

Por todo lo anterior, se puede afirmar que la novela que nos ocupa, una obra ligera en su desarrollo y en una primera lectura, se transforma, si se observa con más detenimiento, en una parodia, grotesca en muchas ocasiones, y en una crítica perfectamente construida acerca de varios de los pilares sobre los que se asienta nuestra cultura occidental, la antigüedad grecolatina y las religiones monoteístas engendradas en el entorno del Mediterráneo. Sin embargo, a pesar de constituirse en una especie de invectiva contra ese mundo antiguo de Grecia y Roma, la novela bebe de dicho mundo y de su cultura para ser confeccionada, trillando algunos de sus componentes más conocidos y resaltando su valor sustancial en nuestra conformación como sociedad hoy. En consecuencia también, es absolutamente perentorio, no queda, pues, más remedio, que resaltar la importancia y el nutricional papel de la antigüedad clásica y su inconmensurable bagaje cultural que nos ha configurado como seres humanos, sabiendo que el espíritu grecorromano nos sigue alimentando hoy aún en muchas cuestiones y facetas y que debemos ser conscientes de ello para seguir profundizando en el conocimiento del mundo y en el nuestro propio; un mundo, una civilización sólo material, sin un espíritu que le siga alentando al saber y a la reflexión, para lo que todavía hoy son imprescindibles las herramientas clásicas, no merece tal nombre y está condenado a la extinción.

⁸⁸ SAVAL, José V., *La ciudad de los prodigios, de Eduardo Mendoza*, Madrid, Síntesis, 2003, pág. 8.

Bibliografía

Textos

- ARISTÓTELES, *Investigación sobre los animales*, traducción y notas de Julio Pallí Bonet, Madrid, Gredos, 1992.
- AYUSO DE VICENTE, María Victoria, GARCÍA GALLARÍN, Consuelo, y SOLANO SANTOS, Sagrario, *Diccionario Akal de Términos literarios*, Madrid, Akal, 1997.
- BELTRÁN LLORIS, Francisco, y MARCO SIMÓN, Francisco, *Atlas de Historia Antigua*, Zaragoza, Libros Pórtico, 1996.
- BOWKER, John, (compilador), *Diccionario abreviado Oxford de las religiones del mundo*, Barcelona, Paidós, 2006.
- CHAMBRY, Émile, *Aesopi fabulae*, París, Les Belles Lettres, 1925.
- GRAVES, Robert, *Los mitos griegos*, Barcelona, RBA Coleccionables, 2005.
- GRIMAL, Pierre, *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, Paidós, 1984.
- HESÍODO, *Teogonía, Trabajos y días, Escudo, Certamen*, introducción, traducción y notas de Adelaida y María Ángeles Martín Sánchez, Madrid, Alianza, 1995.
- HOMERO, *Iliada*, traducción de Emilio Crespo Güemes, Barcelona, Planeta-DeAgostini, 1995.
- HOMERO, *Odisea*, traducción de José Manuel Pabón, Madrid, Planeta-DeAgostini, 1997.
- HOWATSON, Margaret. C., *Diccionario abreviado de la Literatura clásica*, Madrid, Alianza, 1999.
- JULIO CÉSAR, Cayo, *Guerra de las Galias, libros I-II-III-IV*, edición revisada por Valentín García Yebra e Hipólito Escolar, Madrid, Gredos, 1976.
- LUCRECIO, *De la naturaleza de las cosas*, introducción de Agustín García Calvo; traducción del Abate Marchena; notas de Domingo Plácido, Madrid, Cátedra, 1990.
- MARTIN, René (bajo la dirección de), *Diccionario de la Mitología Clásica*, Madrid, Espasa Calpe, 1998.
- MENDOZA, Eduardo, *La verdad sobre el caso Savolta*, Madrid, Espasa, 1992.
- , *Sin noticias de Gurb*, Barcelona, Seix Barral, 1992.
- , *La ciudad de los prodigios*, Barcelona, RBA Editores, 1993.
- , *La verdad sobre el caso Savolta*, edición de Nuria Plaza Carrero, Barcelona, Crítica, 2005.
- , *El asombroso viaje de Pomponio Flato*, Barcelona, Seix Barral, 2008.

- MOIX, Llätzer, *Mundo Mendoza*, Barcelona, Seix Barral, 2006.
- OVIDIO, *Metamorfosis*, edición y traducción de Consuelo Álvarez y Rosa M^a. Iglesias, Madrid, Cátedra, 1999.
- PLINIO EL VIEJO, *Natural History*, vol. VI, with an English translation by W. H. S. Jones, Londres, Harvard University Press, 1969.
- , *Natural History*, vol. VIII, with an English translation by W. H. S. Jones, Londres, Harvard University Press, 1975.
- , *Natural History*, vol. II, with an English translation by H. Rackham, Londres, Harvard University Press, 1989.
- , *Historia Natural*, libros I-II, introducción general de Guy Serbat, traducción y notas de Antonio Fontán, Ana María Moure Casas y otros, Madrid, Gredos, 1995.
- , *Historia Natural trasladada y anotada por el doctor Francisco Hernández (libros primero a vigésimoquinto) y por Jerónimo de Huerta (libros vigésimosexto a trigésimoseptimo) y apéndice (libro séptimo capítulo LV)*, Madrid, Visor libros, 1999.
- , *Historia Natural*, edición de Josefa Cantó, Ignacio Gómez Santamaría, Susana González Marín y Eusebia Tarrío, Madrid, Cátedra, 2002.
- , *Historia Natural*, libros III-VI, traducción y notas de Antonio Fontán, Ignacio García Arribas y Ana María Moure Casas, Madrid, Gredos, 1998.
- , *Historia Natural*, libros VII-XI, traducción y notas de Encarnación del Barrio Sanz, Ignacio García Arribas, Ana María Moure Casas, Luis Alfonso Hernández Miguel y María Luisa Arribas Hernández, Madrid, Gredos, 2003.
- SEBASTIÁN YARZA, Florencio I. (bajo la dirección de), *Diccionario Griego-Español*, 2 vols., Barcelona, Ed. Sopena, 1998.
- SEGURA MUNGUÍA, Santiago, *Diccionario etimológico latino-español*, Madrid, Ediciones generales Anaya, 1985.
- URMSON, James Opie (bajo la dirección de), *Enciclopedia concisa de filosofía y filósofos*, Madrid, Cátedra, 1982.
- VV. AA., *Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclèe de Brouwer S.A., 1976.
- VV. AA., *Diccionario de las religiones*, vols. I y II, Madrid, Espasa Calpe, 1998.
- WWW.mecd.gob.es/
- WWW.penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts
- WWW.perseus.tufts.edu/
- WWW.thelatinlibrary.com/

Estudios

- ALONSO, Santos, *La verdad sobre el caso Savolta de Eduardo Mendoza*, Madrid, Guías de lectura de Alhambra, 1988.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, José María, *El nacimiento del Cristianismo*, Madrid, Síntesis, 1990.
- BOU, Enric y PITTARELLO, Elide (eds.), *(En)claves de la Transición. Una visión de los Novísimos. Prosa, poesía, ensayo*, Madrid, Iberoamericana, 2009.
- DODDS, Eric Robertson, *Paganos y cristianos en una época de angustia. Algunos aspectos de la experiencia religiosa desde Marco Aurelio a Constantino*, Madrid, Ed. Cristiandad, 1975.
- FERNÁNDEZ PRIETO, Celia, *Historia y novela: poética de la novela histórica*, Barañáin, Eunsa, 2003.
- GARCÍA GUAL, Carlos, *La Antigüedad novelada*, Barcelona, Anagrama, 1995.
- , *Apología de la novela histórica y otros ensayos*, Barcelona, Ediciones Península, 2002.
- GARCÍA RODRÍGUEZ, María José. “La parodia: Muñoz Seca, Eduardo Mendoza, Woody Allen”, *Tonos digital: Revista electrónica de estudios filológicos*, 29, (2015).
- GIMÉNEZ MICÓ, María José, *Eduardo Mendoza y las novelas españolas de transición*, Madrid, Ed. Pliegos, 2000.
- GRACIA, Jordi, RÓDENAS, Domingo, *Historia de la literatura española. 7. Derrota y restitución de la modernidad, 1939-2010*, Barcelona, Crítica, 2011.
- HERNÁNDEZ MIGUEL, Luis Alfonso, *La tradición clásica de las literaturas griega y latina antiguas y su recepción en las vernáculos occidentales*, Madrid, Liceus, 2008.
- HERRÁEZ, Miguel, *La estrategia de la postmodernidad en Eduardo Mendoza*, Barcelona, Ed. Ronsel, 1998.
- HIGHET, Gilbert, *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental, vols. I y II*, México D. F., Fondo de cultura económica, 1978.
- KNUTSON, David, *Las novelas de Eduardo Mendoza: la parodia de los márgenes*, Madrid, Ed. Pliegos, 1999.
- OXFORD, Jeffrey, KNUTSON, David, *Eduardo Mendoza. A new look*, New York, Peter Lang Publishing, 2002.

- PRIETO DE PAULA, Ángel L., LANGA PIZARRO, Mar, *Manual de Literatura Española actual. De la Transición al tercer milenio*, Madrid, Castalia Universidad, 2007.
- RICO, Francisco, *Historia y crítica de la literatura española. 9/1. Los nuevos nombres: 1975-1990, primer suplemento*, vol. a cargo de Jordi Gracia, Barcelona, Crítica, 2000.
- , *Historia y crítica de la literatura española. IX. Los nuevos nombres: 1975-1990*, vol. a cargo de Darío Villanueva y otros, Barcelona, Crítica, 2003.
- RÓDENAS, Domingo (coord.), *100 escritores del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 2008.
- RODRÍGUEZ MARCOS, Javier, *El País*, 29 de marzo de 2008, Suplemento Babelia.
- SAVAL, José V., *La ciudad de los prodigios, de Eduardo Mendoza*, Madrid, Síntesis, 2003.
- SERNA, Justo, *La imaginación histórica. Ensayo sobre novelistas españoles contemporáneos*, Sevilla, Fund. José Manuel Lara, 2012.
- SIGNES CODOÑER, Juan, ANTÓN MARTÍNEZ, Beatriz, CONDE PARRADO, Pedro, GONZÁLEZ MANJARRÉS, Miguel Ángel., IZQUIERDO, José Antonio (eds.), *Antiquae lectiones. El legado clásico desde la Antigüedad hasta la Revolución francesa*, Madrid, Cátedra, 2005.
- SUÁREZ BILBAO, Fernando., *De Jerusalem a Roma. La historia del judaísmo al cristianismo (de 272 a. C. a 392 d. C.)*, Madrid, Ariel, 2006.
- VIALET MARTINEZ, Claire, “L’Évangile apocryphe selon Mendoza ou l’Odyssée de Pomponio Flato”, *Cahiers d’études romanes*, 29 (2014), 201-226.
- WALLACE, Lewis, *Ben-Hur*, Esplugas de Llobregat, Plaza & Janés, 1975.

APÉNDICE 1: Mapa con el recorrido seguido por Pomponio Flato.

